

# **Argentina: crisis y revuelta**

Carlus Jové i Buxeda

# Introducción

Me dispongo a escribir estas líneas año y medio después de aquellos 19 y 20 de diciembre que tanto nos asombró, cuando miles de argentinas y argentinos salieron a la calle para protestar contra la miseria a la que se enfrentaban. Recuerdo el estupor con que miraba el televisor y veía a personas como yo enfrentarse a un gobierno similar al mío en las calles de una ciudad que podría ser la mía. Nada de revueltas recónditas que los medios informativos fácilmente retratan como lejanas. Buenos Aires es una ciudad como Barcelona, con sus avenidas, su tránsito, sus antidisturbios, sus estratos sociales... Es la capital del país que había sido calificado como “el milagro del neoliberalismo” y que acabó por ser “el naufragio del neoliberalismo”. Es un país donde las grandes empresas son las mismas que hay en el mío, es decir, Telefónica, Repsol-YPF, Gas Natural... Desde el primer momento quise saber más y ver cuál era la evolución de la situación.

En aquellos momentos formaba parte de la redacción de *Solidaridad Obrera*, el periódico de la regional catalana de la CNT, y empecé a llamar a mis compañeros de redacción porque, obviamente, teníamos que cambiar la portada del número que estábamos a punto de cerrar. No hace falta decir que todos estuvimos de acuerdo; ninguna persona u organización activa en los movimientos sociales podía hablar de otra cosa durante aquellos días. A nuestros corazones hambrientos de transformación social, el levantamiento popular argentino les dio el impulso necesario para oxigenar hasta la más lejana célula de nuestros cuerpos.

Para mí eran las primeras imágenes de una revuelta popular, al menos desde que me considero políticamente activo. Quizá tengo algunos otros recuerdos, pero no creo que en el momento en que los percibiera pudiera hacerme una opinión del asunto. La revuelta argentina ha sido, pues, mi primera prueba de que las ideas por las que luchamos miles de personas en el mundo se pueden materializar un día u otro.

Desde un principio se formularon distintas apreciaciones sobre la naturaleza de la crisis económica argentina y sobre las posibilidades del creciente movimiento popular. Referente al primer tema, las posiciones variaban entre quienes somos políticamente activos en el entorno anticapitalista y la gente no demasiado politizada. Mientras nosotros entendíamos que la crisis era un producto natural del mismo desarrollo de la economía capitalista, mucha gente afirmaba que el problema eran los políticos corruptos y las malas decisiones tomadas en el gobierno. Esto lleva a una diferente concepción sobre que debería intentar conseguir el movimiento social de protesta. Si pensamos que el problema son unos cuantos políticos, tan solo debemos reemplazarlos por otros más honestos. Pero si el problema es una cuestión de estructuras sociales, entonces lo que se debe intentar es cambiar estas estructuras, tarea bastante más complicada.

Entre los mismos activistas anticapitalistas y de la izquierda existían distintas visiones. Algunos veían el movimiento producido en diciembre como un proceso revolucionario, el principio de algo nuevo. Otros pensábamos que era una situación de revuelta que podía devenir revolucionaria, pero para ello se necesitaba una fuerte organización y determinación de la que, por ahora, el movimiento carecía. Sin embargo, lo cierto era que se abrían las puertas de la esperanza.

En un primer momento las protestas callejeras brillaron por su fuerza. Fueron capaces de derrocar a dos presidentes, uno tras otro, como fichas de dominó. Las cacerolas retumbaban por las calles de Buenos Aires y los manifestantes no se echaban atrás por la represión policial, que se cobraba más de 40 víctimas en pocas horas. Las imágenes eran emocionantes y cualquiera que las viera no podía evitar los escalofríos. A partir de aquí empezó la organización popular. Surgieron asambleas en los barrios que discutían y organizaban movilizaciones. Durante unas semanas miles de personas participaron en estos eventos espontáneos sin que nadie les condujera, tan solo sus ganas de protestar y luchar. Todo aquello parecía conducir a un paso más grande.

Uno de los resultados más dinámicos y combativos que se han obtenido durante los meses de lucha en Argentina ha sido el que concierne a los desocupados y a quienes no se han resignado a serlo: los ocupantes de empresas. Son dos movimientos surgidos a raíz de las privatizaciones salvajes y del cierre de numerosas empresas, dos tendencias que llevaron a despidos masivos y dejaron a miles de personas sin medios para sobrevivir. El movimiento de desocupados pretende ir más allá de la simple supervivencia y se organiza para pedir medios y que las instituciones no se queden inmóviles ante su miseria. Las ocupaciones de empresa son

más cercanas al *argentino* y se resisten a la aceptación sin más de los cierres patronales. De ellas surge un espíritu íntimamente ligado a lo que supuso la lucha sindical y obrera de principios del siglo XX en países como el Estado español con la CNT o la misma Argentina con la FORA. Es, por lo tanto, sumamente interesante el estudio de cómo surgen y cómo se desarrollan para hacernos una idea de una de las facetas con más potencial revolucionario de los que se han dado en este año y medio en Argentina. El movimiento obrero que empezó a crearse durante los 90 y que se ha visto crecido y fortalecido tras los sucesos de diciembre ha sabido atacar dos aspectos fundamentales del sistema capitalista. Por un lado, ha roto con la idea de que la figura del empresario es imprescindible y ha sabido organizar la producción con sus propios medios y sus únicas personas. Por otro, ha reemplazado las estructuras jerárquicas de las empresas por una horizontalidad en la toma de decisiones que ha ido más allá de los propios centros de trabajo, creando una lucha que ha unido a los sectores de desocupados y los populares bajo unas mismas consignas y demandas. Pero todo esto lo veremos después.

He empezado este escrito con una breve introducción del papel que el neoliberalismo ha tenido en la crisis argentina. Seguidamente he hecho un repaso de los acontecimientos históricos más destacados de la última mitad del siglo XX y he profundizado en la temática del neoliberalismo y las políticas económicas. Para entender una situación como la que se produjo a partir de finales de 2001 hace falta una perspectiva y, aunque no sea historiador, he intentado resumir las facetas de anteriores gobiernos que pienso han influido y han marcado las jornadas de diciembre.

Posteriormente me he centrado en lo ocurrido a partir del 19 de diciembre y he intentado separarlo en los dos bloques que me han parecido necesarios: las luchas de matiz más social, y las de la clase trabajadora como tal. No es que las considere separadas, pero sí que he considerado que su impacto y posibilidades son distintas. He intentado contener al máximo mis posiciones personales en esta parte del escrito, pero la “tentación” me ha vencido en más de una ocasión.

En el último capítulo, he expuesto las conclusiones y lecciones que pienso se derivan de la experiencia argentina. Algunas podrían matizarse y ampliarse más, pero el formato del texto exige brevedad.

También he incluido dos anexos que me han parecido muy relevantes. Uno de ellos, el primero, hace referencia a la represión sufrida por los movimientos populares, particularmente por la organización de desocupados Anibal Verón. El segundo hace referencia a las consecuencias ecológicas de la privatización de la petrolera YPF, pues no todo se limita al impacto que produce en los trabajadores y trabajadoras. Como veréis es bastante impactante.

Para finalizar, me gustaría dar mi más sincero agradecimiento a María, Gemma, Guadalupe y Luke, quienes pacientemente han leído el borrador y me han dado su opinión y consejos. Os aseguro que me ha resultado muy beneficioso, puesto que al ser mi primer escrito un poco largo presentaba algunas deficiencias. También le agradezco a Bárbara la corrección ortográfica y gramatical, ya que siendo el catalán mi lengua materna se me “cuelan” expresiones que seguramente os hubieran hecho mucha gracia.

Sin más, deseo que os guste.

*Carlus Jové i Buxeda, octubre de 2003.*

**Compañeras:** he intentado utilizar términos que no impliquen un género determinado, como “personas” o “gente” en la medida de lo posible. Otras veces he matizado la dualidad de género en la lucha especificando “trabajadoras y trabajadores”. Sin embargo, algunas otras veces, para no ser redundante en la escritura, me he limitado a usar el género masculino a modo de neutro. Deseo que no os sintáis excluidas.

# 1. El fantasma del neoliberalismo

El nivel de pobreza en Argentina ha llegado a límites aterradores para un país que años atrás se ponía como un buen ejemplo de las políticas neoliberales. Un informe elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) daba las siguientes estadísticas respecto al 2001:

El 62% de los encuestados asegura que su situación económica es peor que la del año pasado. El 97% considera que la pobreza “es una situación muy o bastante presente”, el 95% que la desigualdad social “es un rasgo muy o bastante presente”, y el 93% opina que la polarización social, entendida como la distancia que separa a los más ricos de los más pobres, “es un rasgo muy y bastante presente en la Argentina actual”.<sup>1</sup>

Otro estudio, esta vez de la consultora Equis, decía que el 14,8% más pobre de la población vivía con una renta per capita anual de 1.158 dólares. El presidente cobraba 3.000 dólares mensuales. Por otro lado, el 6,5% más rico tenía una renta anual de 34.878 dólares, es decir, unas 30 veces más. Las estadísticas afirmaban que cada minuto una persona cruzaba el umbral de la pobreza.

En noviembre de 2002 aparecían en la prensa del Estado español artículos sobre el hambre que se pasaba en la castigada región de Tucumán. Fotos de niños y niñas en completo estado de inanición llenaban páginas y páginas, y la gente se preguntaba qué podía haber llevado al país a una situación tan crítica. En un duro reportaje aparecido el 24 de noviembre en *El Periódico* salían cifras tan asombrosas como reales: en seis meses habían muerto de hambre 359 niños, un 64% de la población era pobre, algunos hospitales no habían sido reformados desde los años 60... En una región de 1,2 millones de habitantes la mortalidad infantil alcanzaba el 25 por mil. El pediatra Emilio Buasbe lo dejaba así de claro en una entrevista: “Tucumán no es la excepción, sino la regla”. Los números lo corroboran: en Argentina, de una población total de 36 millones de personas, 14 son pobres.

En el fondo Tucumán es el perfecto ejemplo de las políticas económicas que se llevaron a cabo en Argentina durante los 90, cuando las recetas neoliberalizadoras del FMI y sus secuaces fueron llevadas a cabo por el *menemismo*. Algunas de las industrias más importantes fueron vendidas a manos privadas, el sector público fue víctima de recortes presupuestarios, y todo ello conllevó que una de las industrias más importantes de la región, la del azúcar, pasara a ser algo casi anecdótico. Pero el gobernador de la región, el peronista Julio Miranda, aseguraba que el problema es que Tucumán tiene una densidad de población de 50,7 habitantes por kilómetro cuadrado.<sup>2</sup>

Este es el argumento que siempre han utilizado los poderosos desde que el economista y demógrafo inglés Malthus lo publicara a finales del siglo XVIII. El malthusianismo argumenta que mientras que la población mundial crece en progresión geométrica, los recursos lo hacen en progresión aritmética. En pocas palabras, que los recursos no crecen al mismo ritmo que la población. Según este argumento la pobreza sería algo inevitable en una sociedad en la que, supuestamente, hay más gente que medios productivos. Sin embargo, cuando uno echa un vistazo a las cifras reales no tarda en darse cuenta de que el argumento no sirve más que para justificar una injusta situación, la del reparto de la riqueza y la propiedad de los medios. Veámoslas, pues.

Argentina ha sido y aún es un país muy rico en cuanto a medios y materias primas. Ha sido uno de los principales productores mundiales de lana (en 1983 exportó la mitad de la producción mundial), de trigo, de azúcar, de semillas de girasol, de soja, de mate, algodón, naranjas, aceitunas y cacahuetes entre otros. En la ganadería ha tenido una importancia muy destacada en la exportación de bovinos y, aunque un poco inferior, también en ovinos. En el sector minero, aunque menos destacado, ha sido un gran productor de petróleo hasta los años 80.<sup>3</sup> Es uno de los países de América del Sur con unos niveles de producción más altos. Es decir, no es un país pobre. Produce suficiente alimento para toda su población y aún tiene un gran excedente para exportar. El problema reside en quién controla los recursos, no en la escasez de los mismos. El anarquista Diego Abad de Santillán, quien estuvo residiendo en Argentina durante varios años, ya lo reflejó así en un artículo de 1931:

Hay un desequilibrio insuperable dentro del sistema económico presente entre la capacidad de producción y el régimen de consumo. No se produce para la satisfacción de las necesidades, se produce para obtener ganancias; de ahí el contraste monstruoso entre los depósitos repletos y la muchedumbre hambrienta y desnuda.<sup>4</sup>

La situación sigue siendo la misma. Muchos argentinos pasan hambre mientras los almacenes están repletos de alimentos. Muchos no pueden conseguir medicamentos por falta de dinero, pero la industria farmacéutica responde a la devaluación de la moneda con el incremento de los precios. Es la máxima contradicción del sistema capitalista: existen los recursos, los medios y los productos, pero son controlados por una minoría en detrimento de la inmensa mayoría de la población. En Argentina, esto ha sido enormemente evidente. Así que lo que nos interesa saber es: ¿cómo se llega a esta situación? Para ello nos remontaremos un poco atrás en el tiempo y observaremos la trayectoria política y económica de la Argentina actual.

## 2. El contexto político, económico y social

La historia reciente de Argentina es muy convulsa. A lo largo del siglo XX los alzamientos militares han paralizado los intentos de formalizar una democracia parlamentaria y, de hecho, no se consiguió establecer una hasta el final de la última dictadura militar que duró de 1976 hasta 1983. Aún así, varios fueron desde entonces los intentos de un nuevo alzamiento, sin que ninguno de ellos saliera victorioso. Junto a esto, hay elementos particulares de la política argentina a los que conviene echar un vistazo para comprender a fondo algunas de las actuaciones de los movimientos populares, sindicales o de la misma clase política. En este capítulo intentaremos hacer un breve esbozo de estos elementos, los que nos parecen más relevantes, para así facilitar el entendimiento de la crisis que se tradujo en estallido popular a mediados de diciembre del 2001 y que ocupó las primeras páginas de la prensa en todo el mundo. Empezaremos por uno de los movimientos más conocidos y que más ha marcado Argentina desde su aparición, el *peronismo*.

### El movimiento peronista

El peronismo debe su nombre al militar Juan Domingo Perón, quien llegó al poder por vez primera después del golpe militar de 1943. Desde su cargo presionó a la patronal para que concediera algunas de las reivindicaciones de la clase trabajadora, ganando así una fuerte influencia en la central sindical única del país, la Confederación General del Trabajo (CGT). La burguesía se sintió amenazada por estas reformas y hubo un nuevo golpe (1945) que no se configuró debido a las movilizaciones de los trabajadores, de quienes había sabido ganarse el apoyo. Posteriormente ganó las elecciones presidenciales de 1946, momento a partir del cual estableció un régimen político-social-económico propio que se mantuvo imperturbable hasta 1955, cuando una revuelta de una parte de las fuerzas armadas, aliados con la Iglesia y partidos burgueses, le destituyó, forzándole al exilio.

Su régimen se basó en el control estatal de la economía, con la nacionalización del teléfono y los ferrocarriles, y la dictadura del Partido Único de la Revolución. El sistema se movía entre una imagen obrerista y tendencias cercanas al fascismo (fue uno de los pocos gobiernos que daba apoyo al régimen franquista del Estado español). Esto provocó que, más que un sistema político, el peronismo se convirtiera en un movimiento dentro del cual existían tendencias muy opuestas e incluso contradictorias, desde la extrema izquierda hasta la ultraderecha, pasando por la organización sindical y grandes empresarios. Su demagogia de tinte obrero, sin embargo, no cambió en nada las estructuras económicas ni sociales, pero sí que dio lugar a una fuerte corrupción que dejó al estado bastante endeudado.

La fuerza del peronismo reside precisamente en su indefinición. El modo con que ha logrado vincularse al movimiento obrero a través de la CGT le ha dado mucha fuerza a la hora de movilizar la clase trabajadora en beneficio propio. Durante los periodos en que fue apartado por golpes militares reafirmó su hegemonía dentro del movimiento obrero, efecto contrario al que los militares pretendían conseguir. No obstante, dentro suyo han coexistido movimientos como la Triple A (AAA, Alianza Anticomunista Argentina, que asesinaba a militantes sindicales y de izquierda) y facciones izquierdistas armadas como los Montoneros, que daban apoyo a las luchas de los trabajadores durante las etapas de gobiernos militares. Es algo complicado de entender, pero el peronismo ha ejercido una enorme influencia entre los sectores obreros a pesar de sus fundamentos básicamente burgueses. La forma en que ha sabido relacionarse con los trabajadores a través de la burocracia sindical y las mejoras que se introdujeron desde sus gobiernos le dieron esta posición, que ha perdurado durante años hasta la actualidad.

## La última dictadura militar y el traspaso a la democracia

En 1976 hubo un nuevo golpe militar que dio el poder al ejército y lo mantuvo hasta 1983. Desde un principio se emprendió una cacería de militantes de izquierda con la excusa de acabar con las guerrillas. Miles de personas fueron asesinadas (se calculan entre 15.000 y 30.000) y aún hoy se desconoce su paradero, ya que tendían a “desaparecer”. Hace poco, un militar implicado en los sucesos afirmó en un documental elaborado por varios canales de televisión que se habían torturado miles de personas para extraerles información, rompiendo el silencio existente durante años sobre el tema. Esta barbarie será recordada hasta nuestros días por las Madres de la Plaza de Mayo, agrupación de las madres y familiares de los desaparecidos que desde el final de la dictadura ha denunciado públicamente los hechos en manifestaciones semanales, con demandas judiciales y han luchado para esclarecerlos. Su testimonio es el de la lucha de unos años duros y por ello ocupan un lugar privilegiado dentro de la izquierda, siendo reconocidas tanto por los sectores más radicales como por los más moderados.

A parte de la represión política, la clase trabajadora sufrió económicamente. El programa aplicado incluía congelaciones y recortes de sueldo tanto en el sector público como en el privado, con la pretensión de reducir el déficit nacional. El gobierno militar quería romper con la práctica de economía nacional que había predominado durante los gobiernos peronistas e iniciar el camino hacia una economía de mercado integrada en el marco internacional. Esto es, trazar la transición hacia el neoliberalismo, que significa, entre otras cosas, reducir el papel del Estado en la regulación económica para dar más importancia al capital privado. Martínez de Hoz, ministro de Economía durante la dictadura, hablaba de la “liberación de las fuerzas productivas”, y durante esos años aparecían espacios televisivos donde se hacía hincapié en la poca calidad de la producción nacional y como gracias a la liberalización ahora el consumidor podría elegir entre más y mejores productos.

Durante esta época empezó a crecer la deuda externa y se reforzaron lazos entre el gobierno argentino y los organismos de la economía mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Esto se debe a que el giro que la política económica del gobierno militar estaba realizando iba en la línea de lo que defiende el FMI, al contrario que la de sus predecesores. Poco después del golpe militar el FMI concedió 100 millones de dólares para reparar las agotadas reservas del Estado. Este fue tan sólo el primero de una serie de créditos, algunos de ellos de entidades privadas, que se otorgaron al gobierno militar. Las empresas públicas fueron forzadas a endeudarse con bancos privados internacionales para, de esta forma, conseguir créditos de los mismos. Esto destruyó la economía nacionalizada, como posteriormente observaremos. Además, según el documental de Diego Musiak, *La mayor estafa al pueblo argentino*, en 1979 el gobierno asumió como propias deudas de empresas privadas, lo que supuso 14.000 millones de dólares de pérdidas para el Estado. Entre las empresas beneficiadas podemos encontrar gigantes como IBM, Mercedes, Fiat o el Banco España, pero debido a la no existencia de registros contables de la deuda es difícil establecer el total que supuso. La administración de estas deudas fue cedida a 7 bancos liderados por el City Bank, lo que ha permitido conocer, a través de sus bases de datos, algunas de las empresas implicadas.

Una vez caída la dictadura y ganadas las elecciones presidenciales por la Unión Cívica Radical (UCR, partido de centro-reformista), la política económica no fue distinta. Continuó el endeudamiento con los organismos internacionales y muchas empresas públicas seguían siendo forzadas a contraer deudas, con lo que más adelante se justificaría su venta a manos privadas. También en esta ocasión el gobierno asumió deudas de entidades privadas que estaban en quiebra, cosa que tan sólo benefició a los grandes empresarios que veían sus deudas sufragadas por el conjunto de la ciudadanía. Mientras tanto, la inflación subía hasta límites impensables y la población empezaba a padecer una pobreza generalizada. Todo ello culminó en graves incidentes a mediados de 1989.

## Los sucesos de 1989

Los acontecimientos que tuvieron lugar en mayo de 1989 guardan muchas similitudes con el estallido popular de diciembre de 2001, por lo que pararnos a observarlos es de especial interés.

Por aquel entonces también había un gobierno presidido por la UCR, a manos de Raúl Alfonsín, el cual se enfrentaba a una grave crisis económica que estaba sumiendo a una gran parte de la población en la pobreza. La hiperinflación era enorme, el cambio del austral –la

moneda argentina del momento— cambiaba respecto al dólar hasta dos y tres veces en un mismo día, y los sueldos de los trabajadores quedaban desfasados en comparación a lo que los precios habían subido durante el mes. El diario *El País*, en mayo de 1989, recogía las siguientes cifras sobre los aumentos porcentuales de los últimos cinco meses:

Sin necesidad de recurrir a los casos extremos, del 5.934% de incremento de los precios de queso fresco o el 2.850% del café, el pan subió un 554%, los huevos 466% y la leche 441%. En el mismo periodo de tiempo el salario básico subió un 138,1% y, caso extremo, el sueldo de un empleado público aumentó sólo un 51%.<sup>5</sup>

Los datos, como se observa, son de una proporción astronómica. Los sueldos podían llegar a ser tan bajos que no alcanzaban para un par de zapatos buenos ni para alimentarse en condiciones.

La crisis coincidió con las elecciones presidenciales, para las que el peronismo, encabezado por el abogado y gobernador de la provincia de Rioja, Carlos Saúl Menem, se configuraba como el máximo partidario. Las anteriores elecciones para la presidencia habían sido ganadas por los radicales con el lema “Con la democracia se come, con la democracia se educa, con la democracia se cura”, ahora fácilmente ridiculizable por sus adversarios políticos: el hambre azotaba a una parte importante de la población, los profesionales de la educación estaban en conflicto permanente por sus bajos sueldos y los medicamentos eran de difícil acceso debido al aumento de precios. Menem se perfiló a sí mismo como la solución a estos problemas y gracias al descontento popular con el radicalismo se declaró vencedor de las elecciones, aunque su toma de poder no debería hacerse hasta unos meses más tarde, cuando acabara la gestión del gobierno de Alfonsín.

En las primeras declaraciones de los que serían miembros del gabinete de Menem se dejaba ver cual sería su política en el terreno económico:

Queremos una desmonopolización de los servicios públicos. El Estado es un mal administrador, se debe desprender de los servicios improductivos y abrir la competencia en los servicios productivos. [...] Somos partidarios de desmonopolizar las telecomunicaciones, proceso que ya se inició bajo el gobierno radical. Pero lo que no queremos en ningún caso, ni en las telecomunicaciones, ni en la petroquímica, es inversión parasitaria. Queremos inversión de riesgo, es decir, que asuma riesgo con alto volumen de inversión para obtener una alta rentabilidad.<sup>1</sup>

Por otro lado, el gobierno de Alfonsín estaba en la cuerda floja. Tras la victoria de Menem, tanto el uno como el otro acordaron agotar el mandato del radical, aunque al cabo de unos días empezaron las negociaciones para la transición del poder. La inestabilidad de la situación y el incremento del descontento popular pusieron al presidente en una situación complicada que acabó por catapultarlo y anticipar la llegada de Menem.

### Los incidentes de mayo

En los últimos días de mayo las protestas en la calle se hicieron frecuentes. Hubieron cacerolazos en la ciudad de Buenos Aires contra la política del gobierno, y en algunas de las zonas más pobres se produjeron algunos saqueos de tiendas. En las *villas miseria*, barrios de chavolas sin los más mínimos servicios, se asaltaron camiones de alimentos. El gobierno temía que la situación fuera a más, en memoria de los sucesos parecidos ocurridos en la capital de Venezuela unos meses antes, conocidos como *caracazo*, así que emprendió la *operación solidaridad* consistente en repartir camiones de alimentos en los barrios más pobres.

Aún a pesar de los esfuerzos del gobierno los saqueos se generalizaron. En la ciudad de Rosario, la tercera del país, algunos grupos de centenares de personas emprendieron el asalto a supermercados y otras superficies comerciales, a lo que la policía respondió con balas de goma y gases lacrimógenos. Desde el gobierno se trató de evitar “que la información se transmitiera por radio y televisión, para que la actitud no se propagara”<sup>ii</sup>, pero los levantamientos fueron extendiéndose por el país. Las autoridades locales y la policía se vieron desbordadas, así que se decretó el estado de sitio y se autorizó a las fuerzas del orden a “contestar a las agresiones y reprimir”.

Finalmente, después de unos días de enfrentamientos volvió la calma, con un saldo de 14 muertos, más de un centenar de heridos (60 de ellos por bala) y unos 1.200 detenidos.

---

<sup>i</sup> Palabras del diputado peronista Eduardo Bauzá. En ellas hace referencia al proceso de negociación que se había iniciado con Telefónica de España para la adquisición de la Empresa Nacional de Teléfonos argentina (Entel).

<sup>ii</sup> Edgardo Zotto, secretario de seguridad de la provincia.

Inmediatamente tuvo lugar una cacería de personas y organizaciones de izquierda, a quienes se acusaba de haber instigado los hechos. Muchos militantes del Partido Obrero (PO) fueron detenidos, entre ellos su presidente y candidato en las anteriores elecciones, Jorge Altamira, que fue sorprendido en la misma sede del gobierno donde había acudido para reunirse con funcionarios del ministerio de Interior. Esto, junto a declaraciones de Alfonsín y de Menem contra los “ultra-izquierdistas”, recordaba a años pasados.

El declive de Alfonsín fue rápido y, ya a principios de julio (su retirada estaba prevista para diciembre), se efectuó el traspaso de poderes a Menem.

## La era Menem

La aparición de Carlos Menem en la primera página de la vida política argentina fue, en un principio, un tanto estelar. Era la primera vez después de la dictadura militar que los justicialistas tomaban el protagonismo y gozaban de un apoyo mayoritario en las urnas, y sus seguidores recuperaron los mitos de Perón y Evita haciendo paralelismo con Menem y su esposa, Zulema Yoma. Algunos lo vestían de salvador, traje del que tampoco se desprendía él en sus discursos y declaraciones, prometiendo un futuro distinto y la persecución de la corrupción.

Sin embargo, la alegría duró poco. Cuando aún no era oficialmente presidente ya levantó polémicas por algunos ministros que designó. Para el ministerio de Economía había elegido a Miquel Roig,<sup>1</sup> hasta poco antes vicepresidente ejecutivo de la multinacional argentina Bunge y Born. No hace falta decir que era una persona no muy grata para los sectores obreros de izquierda, algunos parte incluso del movimiento peronista. Tampoco su designado como secretario de Energía, César Araoz, trasladaba buenas vibraciones, pues algunos medios le acusaban de haber participado junto a militares en negocios como la venta de bienes de desaparecidos durante la dictadura. El que fue nombrado ministro de Trabajo, Triaca, era un burócrata sindical que había representado el ala colaboracionista del sindicalismo durante la dictadura. No era el mejor de los comienzos.

Una de las primeras medidas que adoptó el gobierno de Menem fue la indultación de los militares procesados por crímenes y desapariciones durante la última dictadura. Alfonsín había iniciado durante su gobierno una tímida búsqueda de responsabilidades, considerada insuficiente por los sectores populares. En 1986 el gobierno radical paró los procesos con la ley de Punto Final debido a la presión que desde los medios militares se producía. En 1987, después de una revuelta militar liderada por el teniente-coronel Aldo Rico, el gobierno dictó la ley de Obediencia Debida, que exculpaba a los suboficiales de toda responsabilidad en la represión y les daba amnistía. Menem, durante los primeros años de su gobierno, indultó a todos los generales que habían sido miembros de las juntas dirigentes durante la dictadura. Así es como se pretendía *cerrar* las heridas provocadas durante una década de persecución a los sectores populares, de izquierda y sindicales.

En el terreno económico, la política que el gobierno de Menem adoptó fue la que ya había anticipado: la reducción del gasto público, que se alcanzaría con la privatización de las empresas públicas de servicios, así como de otras que no se consideraban rentables, el pago de los plazos de la deuda externa, la reducción de las funciones económicas del Estado, etcétera. Fueron prácticas que a corto plazo lograron reducir la inflación y fomentar la inversión extranjera. Así de optimista se mostraba un artículo en el *Business Week* en 1991:

Los cambios de los últimos tres años representan, ni más ni menos, una revolución económica. Su núcleo es la privatización. Mientras el comunismo se viene abajo estruendosamente en Europa, la vieja ortodoxia latinoamericana, centrada en el control estatal de las industrias estratégicas, se esfuma en silencio. Ahora los latinos, tal como los europeos orientales, inclinan la cabeza ante el mercado privado, y pelean por atraer inversores capaces de revitalizar sus economías semidestruidas. Para los banqueros del Primer Mundo, el cambio significa mega ganancias, ya que les permite introducir en América los métodos de financiación, fusión y adquisición del Norte, y acumular fuertes comisiones por esa ayuda.<sup>6</sup>

---

<sup>1</sup> Miquel Roig murió al cabo de seis días de empezar a ejercer como ministro, y para su cargo fue designado Néstor Rapanelli, número dos de la misma multinacional, quien continuó las políticas de Roig. Como anécdota decir que al cabo de muy pocos días de su entrada en el cargo un juez venezolano dictó su detención por presunto delito de fraude en negocios de importación y exportación.

Hay que entender en qué contexto internacional se estaba dando todo este proceso. Eran los años en que terminaba la Guerra Fría, que había creado grandes tensiones entre los países capitalistas, principalmente Estados Unidos, y el llamado “bloque comunista”, liderado por la URSS. En aquellos años, junto a las noticias sobre la crisis económica y social argentina, aparecían extensos artículos sobre el desmantelamiento de la Unión Soviética, las revueltas estudiantiles en China pidiendo una apertura democrática –que para los capitalistas significaba la apertura a un nuevo mercado–, la reunificación alemana y la caída del muro de Berlín... Eran, pues, años de entusiasmo para los defensores del capitalismo, su fiesta mayor.

Con la privatización de los sectores públicos (teléfono, petroleras, aerolíneas, aguas...) se consiguió reducir, como ya hemos dicho, la inflación, a la vez que con la recuperación económica aumentaron las exportaciones y la inversión de capital extranjero. Era una tendencia a la recuperación económica que hizo aumentar el número de trabajadores activos. Sin embargo, según un informe de la OIT de 1994

este comportamiento positivo de los índices de ocupación no alcanzó para dar un puesto de trabajo a todos los demandantes de empleo. Como resultado de lo cual, en lo que va de la presente década, la desocupación registra niveles desconocidos en la reciente historia económica argentina.

[...] tal aumento del desempleo se produce –y es éste un dato que singulariza la situación argentina– en un contexto de altos índices de crecimiento del PBI [Producto Bruto Interno]. No se trata, entonces, de un aumento de la desocupación como consecuencia de la recesión económica, sino de un fenómeno ciertamente atípico que revela la incapacidad de la economía argentina de crear empleo suficiente, aún en situaciones de fuerte crecimiento del producto.<sup>7</sup>

En los cuadros que acompañan el informe se registra que entre 1983 y 1993 la tasa de actividad, es decir, la población activa, aumentó año tras año. Sin embargo, en el cuadro de índice de desempleo, también las cifras crecen año tras año, y a un ritmo más elevado. El subempleo entre la población activa también creció desde un 5,9% en 1983 hasta un 8,3% en 1992, lo que demuestra una tendencia a la precariedad. El poder adquisitivo de los trabajadores bajó más de un 30% entre 1984 y 1992, registrando los niveles más bajos entre 1989-90. Según el economista Joseph Stiglitz, vicepresidente del Banco Mundial, refiriéndose a la estrategia global de las instituciones económicas internacionales:

mientras los trabajadores luchaban con todas sus fuerzas para conseguir unos “puestos de trabajo dignos”, en el FMI luchaban para conseguir la “flexibilidad del mercado de trabajo”. [...]

Para los funcionarios del FMI [...] el paro es el síntoma inequívoco de una intromisión en el funcionamiento natural del mercado. Los salarios son demasiado altos [...]. La solución evidente para el paro era recortar los salarios; con el recorte de salarios aumentaría la demanda de mano de obra, cosa que haría entrar en nómina a más gente.<sup>8</sup>

Esta era la estrategia, y los trabajadores y las trabajadoras de Argentina sufrieron las consecuencias.

## **El crecimiento del desempleo y la pobreza**

Durante la década de los 90 y muy especialmente durante el gobierno Menem las cifras del paro aumentaron drásticamente. En diciembre de 2001, según las cifras oficiales, el nivel de desocupación rondaba el 20%. Durante el 2001, 1.542 empresas entraron en suspensión de pagos o quebraron, lo que significaba un 10,5% más que en el año 2000 y el 55,4% más que en 1998.<sup>9</sup>

Esta situación vino provocada por la aplicación de las políticas económicas neoliberales, las cuales se habían empezado a implantar desde finales de la dictadura militar, pero que fueron especialmente feroces a finales de los 80 y durante la década de los 90. A lo largo de esta década se produjo una oleada de privatizaciones de la mayoría de los sectores públicos que conllevó un gran número de despidos y el empeoramiento de las condiciones laborales. Cuando al inicio de su campaña los peronistas decían que había que “abrir la competencia”, básicamente significaba que las empresas públicas empezarían a reducir costes, aunque se dejara sin trabajo a centenares o miles de personas. La privatización significa esto, transformar los servicios en negocios.

Un caso concreto es el de la petrolera YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), antes perteneciente al Estado argentino, y que fue vendida a la compañía Repsol. La estrategia fue la

clásica que se utiliza cuando las intenciones privatizadoras aparecen: primero se acaba con la buena imagen de la empresa y se disminuye su rentabilidad, de manera que aparentemente no sea beneficiosa la propiedad pública. Es lo que se hizo con los ferrocarriles en el Reino Unido unos pocos años antes y que llevó a la mala situación del transporte ferroviario, lo que causó graves accidentes por la falta de atención hacia la seguridad.<sup>10</sup> El proceso para la petrolera YPF no fue muy distinto. Para ello nos remitiremos a un parágrafo del recomendable libro *Argentina rebelde*, de Daniel Pereyra, que resume bien los hechos:

En el caso de YPF se designó como tasador a la consultora norteamericana Merrill Lynch, que “omitió” incluir en el valor de la tasación las reservas de petróleo de la compañía, que constituyen el mayor patrimonio de las petroleras. Y todo el plan de privatización de YPF fue preparado por José Estensoro, alto ejecutivo petrolero, que fuera presidente de Hughes Tool Company y de Sol Petróleo SA. [...] Además el gobierno obligó a YPF a aplicar una ruinosa política comercial, para endeudarla y debilitarla, de cara a su venta con el pretexto de la mala gestión.

Seguidamente nos cita algunas de las maniobras utilizadas:

Así es como YPF extraía petróleo a un costo de 10 dólares el m<sup>3</sup> en el yacimiento de Pedra Clavada, pero compraba a Pérez Companc y Bidas el crudo de un yacimiento vecino a 65.85 dólares. En 1987 YPF compró 8.300.000 m<sup>3</sup> a 93 dólares promedio, pero vendió 7.744.000 m<sup>3</sup> a Esso y Shell a 45 dólares.<sup>11</sup>

También encontramos el caso de las Aerolíneas Argentinas, que fueron vendidas a la compañía española –también privatizada– Iberia, que la adquirió por 130 millones de dólares. Además, según el economista Eric Toussaint, se pagó un precio simbólico por los Boeing 707 de 1,54 dólares.<sup>12</sup> Algo irrisorio. Después de la venta las repercusiones para los trabajadores fueron drásticas. En Aerolíneas Argentinas se anunciaba en octubre de 2001 que los sueldos de la plantilla se reducirían entre un 15 y un 20%.<sup>13</sup>

El caso de YPF es bastante similar. En el documental *Argentina in revolt*, editado en el Estado español por el grupo En Lucha, una militante del movimiento de desocupados cuenta que cuando la petrolera era de propiedad estatal había unos 50.000 trabajadores. Después de la privatización la plantilla se llegó a reducir hasta un 90%, quedando tan sólo 5.000 empleados. También cuenta que cuando la compañía era pública, una parte de sus beneficios se destinaba a construir instalaciones e infraestructuras en las zonas donde se ubicaban sus factorías, de manera que se producía un cierto beneficio para la comunidad. Acaba su intervención hablando de los grandes beneficios que la empresa obtiene y de sus posibilidades de ofrecer trabajo de calidad y de crear puestos de trabajo, cuando su práctica ha sido la totalmente inversa. Referente al tema, Antonio Elio Brailovsky, defensor adjunto de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, escribe:

Durante su largo período de administración estatal, YPF estuvo concebida como una empresa que promovió el desarrollo regional, como una manera de compensar los daños que su actividad provocaba sobre el terreno. Hoy la única función YPF es extraer hidrocarburo y llevarse las ganancias al exterior, ya que sus dueños no están obligados a reinvertirlas en el país, ni mucho menos a compensar los daños que provocan. Las consecuencias ambientales de esta actividad minera son tan graves, que resultan difíciles de imaginar.<sup>1</sup>

Repsol-YPF es una de las compañías más grandes en Argentina, controla el 40% de su mercado y obtiene el 45% de sus ingresos en este país.<sup>14</sup> Justo después de los sucesos de diciembre, representantes suyos junto a otros de Telefónica y Endesa, se reunieron con el Gobierno argentino con el fin de buscar posibles soluciones para que sus inversiones no se vieran afectadas e impedir que las retiraran. Esto no es más que la muestra del peso innegable que estas compañías tienen en la economía argentina, que sufre de una dependencia absoluta de las inversiones extranjeras y que pone, en consecuencia, todos y cada uno de sus pasos en el ojo de mira de las grandes instituciones que regulan la economía a nivel mundial, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio. Conviene detenernos un momento a observar en qué se basan estas instituciones y qué papel han jugado en Argentina para hacernos una idea más global del problema.

---

<sup>i</sup> *Hombres empetrolados en Neuquén*. Puedes leer el texto completo en el Anexo 2, al final de éste escrito.

## **El Gran Hermano de la economía**

En buena parte, el recorte de los servicios públicos y la reducción de inversiones en los sectores de servicios no es sino una exigencia de los organismos que controlan la economía a nivel mundial. En el primer capítulo hemos comentado las insanas relaciones que se establecieron entre el FMI y el Estado argentino.

El Banco Mundial concede créditos de desarrollo a los países considerados periféricos para que se puedan crear y consolidar nuevos mercados. La concesión de estos créditos, sin embargo, está subordinada a la previa aceptación de las políticas económicas que establece el FMI. El FMI, por su parte, se encarga de buscar la estabilidad del sistema monetario internacional. Es él quien autoriza las devaluaciones de moneda y quien trata de mantener estables los tipos de cambio. También concede créditos a los países con desequilibrios en los pagos e impone las condiciones de los mismos.<sup>15</sup> El problema estriba precisamente en las condiciones que se establecen. Éstas van encaminadas a recortar presupuestos de gastos públicos y de los servicios sociales, como la educación y la sanidad. También imponen la reducción del personal público, es decir, funcionarios, aunque no por ello debe pensarse que supone una reducción de las burocracias. El personal se reduce en los sectores donde se destinan menos presupuestos, que suelen ser los más necesarios para la población. Junto a esto se potencia la privatización de aquellos servicios y empresas públicas que se consideran no rentables, con la consecuente precarización tanto laboral como en la atención hacia la persona, que deja de ser percibida como una usuaria para ser considerada un cliente, una fuente de ingresos.

Estas actuaciones tienen unas serias consecuencias no solamente en la economía, sino también en la política de cada país. Cuando el FMI impone ciertas condiciones está entrando en las competencias propias de un Estado. Si bien en las democracias parlamentarias actuales no existe realmente un control directo de la vida política por parte de la ciudadanía, menos democrático es aún que organismos como el FMI, con una serie de directivos no electos, dictaminen qué comportamientos deben adoptar las instituciones propias de cada Estado respecto a la gestión de sus asuntos internos. Tal imposición representa un retroceso en las conquistas democráticas que duras luchas han costado a los países que con más frecuencia deben recurrir a los “servicios” del FMI o el BM.

No en vano, estos dos organismos han sido objeto de crítica y repulsa en las movilizaciones sociales. La población argentina entiende que gran parte de sus problemas vienen dados por la implicación del FMI, que ha puesto unas duras condiciones y que luego ha rechazado cualquier responsabilidad. En una interesante entrevista Joseph Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial, afirma que

en el caso de Argentina, las políticas del FMI tienen mucho que ver con los problemas actuales. El apoyo entusiasta al tipo de cambio fijo [entre el dólar y el peso], cuando el FMI no debería haber alentado a Argentina para moverse hacia este sistema. La mayoría de los economistas, que no fueran del equipo del FMI, sabían que no podía sobrevivir. La forma en que las privatizaciones fueron hechas, la privatización del sistema de seguridad social, son todos elementos que agravaron los problemas.

Referente al tema de la democracia, comenta que

el FMI se ha relacionado con muchos países en Latinoamérica, dictándoles las políticas económicas que debían seguir. El resultado de eso ha sido que las democracias no lo han sido en un sentido completo. El FMI ha transmitido la idea de que la economía es demasiado importante para dejarla exclusivamente en manos democráticas.<sup>16</sup>

Es la misma idea que transmitía el economista Luis de Sebastián cuando escribía: “la ceguera ante el sufrimiento humano se explica porque para los economistas puros del FMI la economía es una pura relación de variables sin contenidos humanos ni entornos sociales”.<sup>17</sup>

Todos estos factores contribuyeron a sumir en la pobreza a miles y miles de personas en Argentina, sin por ello pretender quitar responsabilidades a los propios dirigentes del país. La cuestión no es solamente si fueron unas políticas acertadas o no, o si existieron unos políticos corruptos que miraron sus bolsillos antes que los “intereses de la nación”. La base del problema reside en un modelo de organización social que deja a millones de personas sometidas a las decisiones de unas pocas. Esas pocas tienden a defender sus propios intereses, igual que lo haría la mayoría si tuviese el poder de hacerlo. La cuestión es que una minoría está en posición de tomar decisiones mientras que el resto de la humanidad se ve privada de esta capacidad. Es la consecuencia de las estructuras jerárquicas y autoritarias que adoptan los modernos Estados democráticos, que heredaron de los Estados totalitarios que a

su vez heredaron de anteriores estructuras igualmente opresoras. La historia no ha cambiado en este sentido, la humanidad se sigue organizando en estructuras de dominación donde unos pocos determinan a la mayoría. Lo único que ha cambiado son las formas en que se relacionan estos grupos antagónicos, estas clases sociales. En la moderna sociedad capitalista esta minoría no posee físicamente a los subordinados, aunque sí que posee los medios de producción, distribución y subsistencia. Cuando los trabajadores se ven expulsados de estos medios pierden su única propiedad, la propia fuerza de labor y, en consecuencia, caen en el pozo de la pobreza. Esta fue la desgracia que arrojó a tantos y tantas argentinas a la miseria, la de no ser dueños de sus propias vidas, la de ser meros burros de carga de una clase dominante que, cuando le convino, vendió sus empresas a precio de saldo a grandes corporaciones capitalistas que olvidaron que detrás de cada máquina y dentro de cada factoría hay miles de personas para quienes su trabajo es su única fuente de ingresos. Es un drama que se repite en todo el mundo constantemente y que se reduce a frías estadísticas sobre la "población activa".

### **Los dramas del capitalismo**

El desempleo es una de las consecuencias más graves para la población que ha comportado la crisis, empezada años atrás. Sin embargo, hay múltiples contradicciones entre los medios de producción existentes y las carencias que sufre la población que tienen un íntima relación con el sistema económico existente y que el *argentino* no ha hecho más que evidenciar. Antes intentábamos romper con el mito de que Argentina fuera un país pobre, pues sus abundantes recursos minerales, alimenticios o petrolíferos lo desmienten. Entonces, cabe preguntarnos porqué la población padece esta pobreza.

Existen dos tipos de pobreza. Si tomamos, por ejemplo, una zona sin fuentes de materias primas, sin tierras cultivables, sin acuíferos o sin reservas vegetales es, sin duda, una zona pobre. En ella difícilmente se podrán dar las condiciones óptimas para que su población pueda subsistir con los medios a su alcance y la hambruna será una constante. El caso de Argentina poco tiene que ver con lo que acabamos de nombrar. Su pobreza es adquirida, provocada por las estructuras del sistema económico vigente. Es lo que se llama *pobreza estructural*. Allí no faltan los medios ni los productos, el problema es que la gente no tiene el dinero para comprarlos. Aquí reside la condición *sine qua non* del capitalismo. Toda la riqueza generada por el conjunto de los trabajadores, es decir, la mayoría social, es propiedad de los capitalistas, que la administran a su antojo. El problema no se encuentra en la falta de recursos sino en el acceso a ellos.

Esto supone un gran inconveniente para encontrar salidas pactadas a la crisis. De hecho, este tipo de pobreza es fruto mismo de la economía capitalista y la padece el 80% de la población mundial, según las cifras que revelan las ONG's que trabajan en el tema. Sus raíces van más allá del crack de diciembre y de las fronteras argentinas: unos pocos años antes había sucedido la gran crisis asiática, fruto también de la entrada brusca en las políticas neoliberales; en Alemania hemos visto recientemente cómo miles de trabajadores eran despedidos en el sector metalúrgico; en el Reino Unido la privatización de los ferrocarriles provocó una situación parecida unos años antes; en el Estado español 1.200 trabajadores de la empresa Sintel, filial de Telefónica, emprendían una lucha faraónica para reivindicar sus puestos de trabajo; en los astilleros europeos se están recortando las plantillas desde unos años hacia acá; hace tan solo unos meses la multinacional francesa Valeo ha cerrado dos plantas en Catalunya dejando más de un millar de trabajadores y trabajadoras en la calle sin ninguna explicación; y la lista podría continuar y continuar. En conclusión, estos sucesos no son fruto de malas administraciones o de autoridades corruptas, sino que son consecuencia misma de la marcha del capitalismo. La mala gestión tan sólo lo agrava, pero una buena tampoco lo impide. Por lo tanto, cuando miles de argentinos y argentinas son privados de alimentos o medicinas y en el mercado los precios no dejan de subir, no debemos buscar el problema en la mala fe de los comerciantes, sino en la existencia de un modelo social en que los intereses de un grupo son antagónicos y perjudiciales para los del otro.

Éstas son las mismas causas que provocaban que en los meses anteriores y posteriores a diciembre centenares de argentinos hicieran cola frente a los consulados de España e Italia para pedir el pasaporte europeo. La mayoría era hijos de emigrantes de estos mismos países que habían buscado en Argentina una vida mejor décadas antes cuando las economías europeas sufrían una crisis. Su descendencia ahora hacia marcha atrás y volvía a los países de origen por las mismas razones. Las migraciones masivas son producto mismo de la pobreza; centenares de miles personas cada año se ven forzadas a abandonar sus hogares y

huir de sus países en busca de una vida mejor que no siempre encuentran. Si miramos los casos concretos de estos países de origen encontraremos las mismas contradicciones que se dan en Argentina: los recursos y la riqueza existen, pero son acaparados por unos pocos.

## El camino hacia el estallido

A lo largo de la década en que gobernaron los peronistas se sucedieron múltiples protestas contra la situación laboral y económica. A finales de 1993 hubo fuertes incidentes en la provincia de Santiago del Estero, vecina de la empobrecida Tucumán. Los funcionarios llevaban meses sin cobrar sus sueldos y se declararon en huelga. Después de enfrentamientos con la policía, asaltaron la sede del Gobierno y otros edificios oficiales. Durante estos años algunos gremios de la central sindical única, la CGT, rompieron con sus burocracias y crearon la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), que a lo largo de los 90 se perfiló como una alternativa a la central controlada por los peronistas. Entre sus filas hay que destacar la Asociación de Trabajadores Estatales (ATE) y algún gremio de la docencia que arrastraban fuertes luchas por su situación laboral.

También en 1995, cuando el gobierno implantó un nuevo plan de ajuste estructural, hubo grandes protestas de trabajadores, especialmente de los funcionarios, quienes se veían muy afectados por la privatización. Se produjeron nuevas revueltas en ciudades como Córdoba, San Juan y Río Negro.

En junio del 96, cuando la privatización de la petrolera argentina YPF fue efectuada, también ocurrieron masivas protestas en la provincia de Neuquén. Pero a diferencia de las anteriores, se empezó a ver una nueva manera de organizar y de entender las protestas. Se produjeron cortes de carreteras y los participantes se organizaron mediante asambleas. Además, organizaron comidas populares y levantaron barricadas con fogatas en medio de las carreteras para permanecer allí hasta encontrar compromisos con las autoridades. Fue el principio de una práctica que luego se extendería y que se conoce con el nombre de *piquete*.

La política neoliberal de Menem, que en un principio se tildaba de milagrosa, no sirvió para solucionar los problemas de la economía argentina. Es más, aún creó más altos niveles de desempleo y de pobreza, polarizando la sociedad argentina entre los más ricos y los más pobres. El crecimiento económico de las empresas no significa que también se extienda entre sus trabajadores. Esta teoría, conocida como *trickle down* (degoteo), dice que la manera de combatir la pobreza es mediante el crecimiento de la economía. Pero no tiene en cuenta que el crecimiento no es igual para todos, pues no todos participamos de igual manera en las empresas: hay quienes las controlan y hay quienes trabajamos en ellas. Los trabajadores sufrimos las consecuencias de la mala marcha de una empresa, pero rara vez gozamos de su aumento de beneficios.

Así pues, el descontento popular fue incrementándose y, simultáneamente, empezaba a adoptar formas más organizadas. Todos estos hechos acabaron pasando factura a los peronistas en las elecciones presidenciales de 1999, en las que ganó una alianza entre la UCR y el FREPASO (Frente del País Solidario).

En 1999, los radicales, encabezados por Fernando De la Rúa, llegaban al gobierno con una amplia victoria sobre los peronistas, liderados por Eduardo Duhalde. Su política, sin embargo, no fue distinta de la de Menem. Así que tampoco las protestas bajaron de tono.

En diciembre de 1999, tan sólo dos meses después de las elecciones, hubo sangrientos enfrentamientos en Corrientes. Los empleados públicos llevaban meses sin cobrar y los trabajadores de la enseñanza llevaban mucho tiempo en huelga. La población sufría hambre y a menudo carecía de los servicios de luz y agua por no poder pagarlos. Las protestas fueron reprimidas con fuego real y dos jóvenes fueron asesinados. Ante la situación la CTA convocó una huelga en solitario. Al final el gobierno envió fondos para pagar una parte de los atrasos.

Las movilizaciones no dejaban de extenderse por varias regiones del país.<sup>18</sup> La recesión económica se venía arrastrando durante un largo período y cada vez había más desocupados. La gente perteneciente a la llamada "clase media" pasaba a formar parte de los pobres a ritmos muy elevados (se calcula que unas 500.000 por año). De la Rúa trazaba planes para reconducir la situación, pero la crisis era tan grave que no había forma de enderezarla.

En julio de 2001, Domingo Cavallo, ministro de Economía, explicaba un nuevo plan para intentar llegar al déficit cero, es decir, no gastar más de lo que se recaudara con los impuestos. Para reducir el déficit ya existente se pondría en marcha una "reducción del pago de los salarios, pensiones, jubilaciones, bienes y servicios públicos". Esto constituía, según sus propias palabras, un "esfuerzo patriótico" que los afectados debían asumir. Los empleados

públicos eran los receptores de la medida, y respondieron con una huelga de gran seguimiento a la que siguió una huelga general convocada por la CGT, la CTA y el Movimiento de Trabajadores Argentino (MTA, sector burocrático disidente de la CGT).

De la Rúa se veía cada vez más debilitado y sin credibilidad. No parecía haber una salida viable para la crisis, todas las propuestas presentadas por el gobierno no servían para enderezar la economía, y el contexto social era cada vez más desfavorable. En pocos meses se habían sucedido unas cuantas huelgas generales ampliamente secundadas por los trabajadores. Los desocupados también se movilizaban. Cada vez resultaba más difícil contener el enfado generalizado y la pobreza profunda que padecía más de un tercio de la población no tenía indicios de desaparecer.

Finalmente, después de meses de tensiones y de un empeoramiento constante de la situación, la cuerda no dio más de sí.

### 3. Los sucesos de diciembre

En los primeros días de diciembre, Domingo Cavallo informaba de la decisión tomada por el gobierno de inmovilizar los depósitos bancarios. A partir del 3 de diciembre y, en principio, por un plazo de 90 días, nadie podría extraer más de 250 dólares o pesos<sup>i</sup> semanales de sus cuentas bancarias. Esto, en el terreno del comercio, significaba que a partir de aquel momento la mayoría de compras deberían hacerse mediante tarjetas de crédito y débito o con cheques, siendo Argentina un país donde se utiliza muy poco este recurso. No obstante, la medida tenía una gran repercusión en el terreno laboral, pues significaba que muchas personas que trabajaban en el servicio doméstico, en sectores de servicios o en innumerables empleos donde se acostumbra a cobrar en efectivo padecerían las consecuencias de lo que popularmente se conoció como *corralito*. De hecho, en Argentina se calcula que un 47% de la población vive de la economía sumergida, por lo que las medidas del gobierno tenían un amplio alcance.

Mientras eso sucedía, miembros del gobierno daban sus particulares visiones del asunto. El asesor del ministro de Economía, Horacio Liendo, afirmaba que “suponen una restricción al modo de uso, pero no a la propiedad del dinero”. El portavoz del gobierno, Juan Pablo Baylac, aseguraba que las medidas iban “contra los especuladores, los consultores internacionales que apostaron a la devaluación del peso y ahora la quieren forzar para justificarse ante sus clientes, a los que hicieron invertir mucho dinero en la compra de dólares a futuro”. Añadía: “es una batalla que se libra día a día, si ganan ellos no pierde el gobierno, pierde el país. Y ya es hora de que alguna vez pierdan ellos”. Estas palabras son muestra de una gran demagogia y desfachatez si las comparamos con las suculentas remuneraciones de los senadores. Mientras que desde las instituciones se recomendaba a los argentinos y argentinas “apretar el cinturón”, quienes ocupaban los escaños de la Cámara Alta recibían unas carpetas donde se les informaba de sus limitados recursos económicos: el importe mensual en concepto de dieta sería de 6.427 pesos (más de 7.000 euros); para gastos de combustible y mantenimiento de sus vehículos oficiales 1.200 pesos, etcétera. Además, la imposibilidad de retirar dinero en efectivo perjudicaba más a los sectores populares que a los grandes inversores y empresarios, quienes mediante transacciones u operaciones bursátiles podían burlar las restricciones. Se repetían así unas de las dinámicas más patentes en la política argentina y de muchos países de la América Latina: la corruptela y la mentira como norma.

Junto al corralito se anunciaba que cerca de un millón y medio de pensionistas y jubilados deberían esperar algunos días, incluso semanas, para cobrar sus mensualidades. Era una más de las limitaciones que Cavallo imponía para hacer frente a los vencimientos de la deuda externa, que esta vez era de 900 millones de dólares de un total de 140.000 millones. Como las demás medidas, ésta perjudicaba mayoritariamente a quienes menos tenían y más necesitaban. La respuesta popular, por lo tanto, no podía hacerse esperar, y la forma que adoptaba dependía del sector social del que provenía.

Las imágenes de largas colas frente a los bancos repletas de *ahorristas* que querían recuperar sus depósitos fue durante días noticia en los medios de comunicación. Era la impotencia convertida en protesta simbólica de la clase media, la típicamente ahorradora. En algunas ocasiones los cacerolazos hacían acto de presencia en estas largas jornadas que a

---

<sup>i</sup> El peso, la moneda argentina, estaba ligada al dólar por una paridad de uno a uno.

veces se prolongaban durante horas. Pero también estaban todas aquellas personas que no tenían cuentas bancarias y cuyos ingresos acostumbraban a ser en metálico o bien no existían. En un país en el que una proporción tan alta de la población vive de la economía sumergida, eran muchos quienes directamente dejaban de percibir dinero alguno. Además el paro había alcanzado la fatídica cifra del 18,3% en octubre de 2001, lo que significaba un mayor número de personas marginadas a la no subsistencia. Las movilizaciones de este amplio sector, lógicamente, fueron bastante distintas de las de la clase media, más moderada en un principio. Los *piquetes* o cortes de ruta que durante la década de los noventa se habían ido consolidando como la práctica por excelencia de los desempleados, fueron introduciéndose en las grandes urbes. El piquete tiene la facultad de establecer una relación entre trabajadores desocupados y activos al promover los cortes de rutas comerciales como alternativa a la huelga y, en consecuencia, están particularmente cargados de un fuerte contenido y discurso clasista. Los piquetes iban a veces acompañados de saqueos a supermercados, así que lograban un respaldo popular del que las movilizaciones de los ahorristas podían carecer.

En este ambiente se produjo la huelga general del 13 de diciembre, la séptima del gobierno de De la Rúa, convocada por las dos ramas de la CGT y por la CTA. Los motivos eran la crítica a la actitud del gobierno y a la nefasta política económica de Cavallo, de quien se pedía la dimisión. Durante el día anterior ya se habían producido preámbulos que hacían prever una gran movilización en el paro, y así fue. El país quedó paralizado y las acciones de desafío al gobierno y a la situación creada inundaron la geografía argentina.

En Buenos Aires fueron ocupadas las instalaciones del Plan de Adultos Mayores Integral, el fondo de pensiones de los jubilados. La vivienda del ministro Cavallo fue objeto de la repudia popular, y frente a él se concentraron algunos centenares de personas que le insultaron y lanzaron objetos contra la fachada, lo que se conoce como *escrache*. El transporte público dejó de funcionar, provocando la parálisis de la ciudad. En Neuquén hubo enfrentamientos violentos entre desocupados y policías; además, en algunas provincias como las de Entre Ríos, Mendoza, Salta, la misma Neuquén y en algunas ciudades de Buenos Aires tuvieron lugar diversos saqueos, que se empezaron a extender y generalizar a partir de aquel día. Algunos de ellos fueron organizados por centrales piqueteras. En San Juan, el gobernador de la provincia sufrió un intento de agresión por parte de empleados públicos que protestaban por el impago de sus salarios. La huelga no hacía más que premonizar lo que días más tarde iba a ocurrir. Pero el ambiente aún se podía crispar más, y se crispó.

El mismo día de la huelga, el presidente del Partido Justicialista (peronista), Carlos Menem, quien un mes antes se encontraba bajo arresto domiciliario acusado de comandar una asociación que vendió de forma ilegal armamento de guerra a Croacia y Ecuador, se reunió con el presidente del gobierno para encontrar soluciones a la situación. El encuentro no podía dejar de ser paradójico, pues Menem había permanecido al margen de la vida política durante un cierto tiempo. El Partido Justicialista había perdido las elecciones presidenciales de 1999 y el gesto fue interpretado, muy acertadamente, como un intento de recuperar el protagonismo perdido. Además, Menem traía el recuerdo de su etapa como presidente, en la que se vendieron a precio de saldo buena parte de las empresas del Estado y en que las cifras del paro se llegaron a triplicar. Digámoslo así: la comparecencia de Menem, si bien podía servir a los peronistas de cara a conquistar cuotas de poder, de muy poco podía servir para calmar los ánimos de la población argentina.

### **Viene el estallido**

Finalmente, lo que había ocurrido de manera dispar y desincronizada, se convirtió el 19 y 20 de diciembre en una revuelta popular que hizo temblar al gobierno. En la ciudad y cinturón de Buenos Aires abundaron los saqueos a supermercados y grandes superficies comerciales, donde las personas más necesitadas y hambrientas se amontonaron pidiendo alimentos y utensilios de primera necesidad. Algunos dueños cedieron ante la presión de la muchedumbre y repartieron bolsas de comida para evitar los saqueos, pero en muchos otros establecimientos los dueños se armaron con palos, piedras e incluso escopetas para dispersar la multitud. El periodista Francesc Relea lo describía así:

Las escenas de desharrapados saliendo en estampida de los locales asaltados con bolsas de alimentos, pedazos de carne, cajas registradoras o prendas de ropa se reprodujeron a lo largo de todo el día. Los dueños de los locales, impotentes, pedían auxilio ante las cámaras de televisión, que siempre llegaron con mayor celeridad que la policía. En algunos casos, guardias de seguridad trataban de arrebatar los productos robados.<sup>19</sup>

En Córdoba los trabajadores municipales y del sector eléctrico intentaron asaltar el ayuntamiento, y hubo enfrentamientos con la policía. En La Plata se manifestaron los empleados públicos para protestar contra el recorte de salarios y los despidos. También aquí se produjeron choques con la policía, que se saldaron con una veintena de heridos. En muchas otras regiones se produjeron saqueos y enfrentamientos con las fuerzas del orden, por lo que esa misma noche De la Rúa salió en la televisión comunicando que se proclamaba el estado de sitio. Esto significa que algunas de las libertades que la Constitución reconoce a la ciudadanía quedan suprimidas y se otorga más protagonismo a las autoridades militares. Esta misma situación, recordemos, ya se había dado a finales de mayo de 1989 cuando el gobierno de Raúl Alfonsín, ahora senador, lo impuso para frenar los altercados iniciados en Rosario por razones muy parecidas. El entonces gobierno radical perdió credibilidad y el peronista Menem ganó puntos, como de nuevo intentaba hacer con la crisis que otra vez azotaba a un gobierno radical.

La proclamación, como cabía esperar, tan sólo echó más leña al fuego. Tras el discurso de De la Rúa millares de personas empezaron a salir espontáneamente a la calle y, en la ciudad de Buenos Aires, fueron dirigiéndose a la Plaza del Congreso con un magnetismo asombroso. Se producía un inmenso cacerolazo que atraía a quienes estaban en sus casas y las calles de los barrios se iban llenando de personas hartas de aguantar la maldición que pesaba sobre sus vidas: la del capitalismo y la corrupción política.

Lo sorprendente para muchas personas fue que en los cacerolazos se unieron tanto los más desfavorecidos como la gente de clase media. Era un acto popular de repudio a la situación y al gobierno que puso bajo el mismo sentir a millares de personas provenientes de situaciones muy distintas. Algunas estaban hartas de no comer, otras de no poder sacar sus ahorros de los bancos, a otras les empujaba la rabia y el estruendo que se oía en las calles, otras lanzaban al aire mensajes revolucionarios, otras no entendían nada pero querían estar allí; a todas les unía, al menos por unos días, el asco hacia sus gobernantes y sus sucias prácticas que habían llevado el país a la miseria. Por unos instantes las diferencias entre clases o estratos sociales parecen difuminarse tras el velo de la ira por todos compartida, aunque como luego veremos, el velo tiende a correrse por la propia dinámica de la lucha, que acaba por poner a cada uno en su lugar.

Las protestas se prolongaron durante toda la noche del 19 y la madrugada del 20. Se dieron situaciones tan clarificadoras como la de una señora ya mayor que apareció ante las cámaras con dos paquetes de macarrones sustraídos de un establecimiento afirmando que era la primera vez que lo hacía. La extrema pobreza en la que se sumían miles de personas les llevaba a realizar actos que por un lado les salvaban y por otro les avergonzaban. Es la absurda contradicción: aun siendo la pobreza un producto social, lleva a las personas que la padecen a sentirse no como víctimas del entorno, sino como culpables de su condición.

La policía -los *milicos*, como les llaman en Argentina- trató con todas sus fuerzas de disolver las manifestaciones. Bajo estado de sitio no se pueden realizar, y por ello utilizaron todos los medios a su alcance: porras, bolas de goma, gases lacrimógenos, e incluso fuego real. Ya en la madrugada del 20 hubo enfrentamientos en la Plaza del Congreso, donde se encuentra el edificio del Parlamento, y los manifestantes se estaban aglutinando. Éstos pedían la dimisión del gobierno, que se materializó horas más tarde por la fuerza de las protestas que se alargaron durante toda la mañana del 20, cuando los bonaerenses desafiaron el estado de sitio y acudieron en multitudes a la Plaza de Mayo, lugar de una fuerte carga sentimental y que da nombre al conocido movimiento de las Madres de Plaza de Mayo. Es la plaza donde jueves tras jueves durante años se han concentrado las madres de los desaparecidos durante la última dictadura militar para denunciar la impunidad en la que quedaron los culpables de las atrocidades cometidas. El lugar establecía una conexión entre el pasado tenebroso y el presente oscuro, conexión que se reforzó cuando alrededor de las 11 de la mañana se ordenó desalojar la plaza. El periodista Carlos Ares lo relató así:

Con voz calma, sereno, vestido de traje gris y un transmisor en la mano, el comisario René Derecho advierte que van a desalojar la plaza. Tienen órdenes de no reprimir, pero el estado de sitio impone disolver la manifestación. La policía a caballo y a pie cerca la plaza. La gente resiste y corea: "El pueblo no se va, el pueblo no se va". Comienza la represión: carreras, gases, disparos, palizas, las Madres se enfrentan cara a cara con la policía. Las arrastran, las golpean, las empujan. Una de ellas, de 90 años, sangra por la nariz. Los manifestantes se enardecen, vuelven una y otra vez a ocupar la plaza. La policía retrocede. La gente les grita "asesinos, hijos de puta" y cantan "El pueblo, unido, jamás será vencido". Insultan: "De la Rúa, compadre, la concha de tu madre". Siguen con Cavallo y con Menem:

“Menem, hijo de puta, la puta que te parió”. Con los militares. Siguen y vuelven a De la Rúa: “¡Qué boludo, qué boludo, el estado de sitio, se lo meten en el culo!”. Ululan las sirenas y las ambulancias. Hay grupos amenazantes por los barrios pobres y en las villas miseria de la periferia. Por toda la ciudad retumban las cacerolas, el odio, la bronca.<sup>20</sup>

## Las consecuencias

En términos políticos, el 19 y el 20 significaron las ansiadas dimisiones del ministro de Economía y del presidente del Gobierno. La primera se producía en la misma noche del 19, mientras que De la Rúa lo hizo horas más tarde teniendo que ser evacuado en helicóptero de la Casa Rosada. Era un primer aliento de alegría para los muchos argentinos y argentinas que habían resistido durante horas en las calles los ataques de las fuerzas del orden y que habían visto cómo la represión se cobraba en pocas horas la vida de unas 40 personas. Muchos de ellos eran *motoqueros*, jóvenes mensajeros que con sus motos encabezaron marchas haciendo de servicio de seguridad, controlando los movimientos de la *cana* (policía) para advertir a los manifestantes ante situaciones de peligro. Un triste balance humano que alimentó aún más el estruendo popular.

La dimisión del radical De la Rúa no abría precisamente las puertas a un cambio político en Argentina. El mismo día 21 el presidente del Senado, el peronista Ramón Puerta, asumía temporalmente la presidencia del gobierno hasta la misma tarde del 22 en que el también peronista Adolfo Rodríguez Saá fue nombrado presidente del gobierno provisional. El peronismo lograba así recuperar el poder que había perdido en 1999, momento para el que habían destinado bastantes esfuerzos mediante el desgaste político de De la Rúa y su gobierno. Pero también ahora se asomaban las disputas internas del Partido Justicialista y la lucha de sus miembros más destacados por el poder pensando en las futuras elecciones generales.

Toda esta situación enfurecía a los miles de argentinos que habían forzado la dimisión del anterior gobierno al ver que de nuevo la clase política de su país anteponía la lucha por el poder al bienestar de la población. En palabras de Francesc Relea, “en los cacerolazos muchos argentinos protestaban no sólo contra el presidente o su ministro de Economía, sino contra un sistema de hacer política”.<sup>21</sup> El bipartidismo entre el peronismo y el radicalismo es la norma en la política argentina, lo que ha llevado al país hacia unas prácticas de corrupción muy elevadas que han fustigado a la población y que le ha hecho víctima tanto de los discursos profundamente populistas del peronismo, a veces confundibles con la extrema izquierda, cómo de sus prácticas reales rayando la más rancia derecha. El fenómeno del peronismo merecería un estudio aparte, que no daremos aquí, pero muy importante para entender algunas de las situaciones que ha alcanzado este castigado país.

El peronismo, pues, asumía nuevamente el poder ante el asombro de las masas. Los incidentes en las calles aún se prolongaron algunas horas en la ciudad de Buenos Aires y algunos días más en otras provincias. El estado de sitio sólo se levantó a medida que los altercados cesaron, hasta llegar a un punto muerto que duró unos pocos días.

## Las reacciones

Quien más rápido reaccionó ante los hechos del 19 y 20 de diciembre fueron las directrices del FMI. Ante la grave crisis que azotaba Argentina sus dirigentes se apresuraron a desvincularlo de cualquier responsabilidad. El director de relaciones exteriores, Thomas Dawson, afirmaba que “el programa económico argentino fue diseñado por el gobierno de Argentina y el objetivo de acabar con el déficit fiscal fue aprobado por el Congreso de Argentina”. Por su lado, el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, declaraba que Argentina debía seguir “trabajando con el FMI para recuperar un crecimiento económico sostenible”. Sin embargo, en la anteriormente citada entrevista al ex vicepresidente del Banco Mundial Joseph Stiglitz, cuando se le pregunta por qué piensa que el FMI es tan duro con Argentina, responde: “una posible explicación es que todo el mundo reconoce hoy el fracaso del FMI en Argentina. [...] El FMI está muy ocupado en sugerir que el problema no es del FMI sino que el problema es de Argentina”.<sup>22</sup> Como se dice popularmente, el FMI trataba de pasar la patata caliente a otro.

También los intereses económicos en Argentina, sobretodo de las grandes empresas españolas, manifestaban su incertidumbre ante el *argentínazo*. El ministro de Asuntos exteriores del gobierno español, Josep Piqué, visitó el país y se entrevistó con algunos dirigentes y, en una gran muestra de capacidad de oratoria, afirmó que la situación era “muy seria y difícil”. La visita del ministro debe entenderse como un paso del gobierno español para defender los intereses de las grandes compañías y bancos españoles que son quienes

controlan buena parte de la economía argentina. El sector de los servicios públicos, por ejemplo, está casi completamente administrado por empresas españolas como Telefónica, Aguas de Barcelona o Gas Natural entre otras, y además poseen el capital de muchas otras empresas. El gobierno del Estado español *debía* mostrar una especial atención por la crisis, pues muchos intereses estaban en juego.

Pero una de las reacciones quizá menos esperada aunque comprensible, fue la de los dirigentes sindicales. Hugo Moyano, líder de la sección burocrática disidente de la CGT, el MTA, afirmó públicamente a Rodríguez Saá que tenía “el movimiento obrero a su disposición”. La CGT había hecho una fuerte campaña de desgaste hacia De la Rúa, y ahora que de nuevo un peronista asumía la presidencia del gobierno pretendían calmar la situación que ellos mismos habían contribuido a empujar, con un claro trasfondo de intereses, con la convocatoria de alguna huelga general contra el gobierno de los radicales. Pero este apoyo de palabra de nada le sirvió al peronismo.

## **“¡El pueblo no se va!”**

A pesar de las declaraciones populistas en las que Saá aseguró que el país no pagaría la deuda externa “hasta que todos los ciudadanos argentinos tengan trabajo” y de asegurar que nadie tendría un sueldo más alto que el presidente de la nación (unos 3.300 euros), los incidentes y protestas en la calle no cesaron. La llegada de *El Adolfo* a la presidencia era percibida por los y las argentinas como la última gran burla a un pueblo hartado de soportar la corrupción y las mentiras de los políticos y de los grandes financieros. Después de tantos días de lucha no iban a dejarse embaucar por unas buenas palabras o gestos de acercamiento a la causa de los desfavorecidos.

Los intentos de Saá fueron varios. Primero recibió el apoyo de la burocracia sindical y posteriormente realizó un viraje de aproximación a unas luchadoras tan formidables como las Madres de la Plaza de Mayo, a las que hizo referencia denunciando la actuación de la policía en la represión del día 20. También afirmó que “nunca más [habría] un Gobierno para beneficio de los que gobiernan”, palabras que poca confianza inspiraban si tenemos en cuenta algunos “deslices” de que se le acusa, como por ejemplo de haberse enriquecido a costa de sus 20 años como gobernador o de su gran capacidad de demagogia. Para complementarlo, varios de sus ministros habían estado involucrados en escándalos de corrupción, como el de Asuntos Militares, Hugo Franco, acusado de entregar el pasaporte argentino al traficante de armas Monzer Al Kasar. O el titular de Hacienda, Rodolfo Frigeri, vinculado a la entrega de créditos incobrables cuando dirigía el Banco Provincial de Buenos Aires. Nada nuevo para el pueblo argentino.

No era extraño, pues, que los disturbios del 19 y el 20 volvieran a suceder, aunque con más virulencia y un sentimiento de abandono y traición más fuerte. En la madrugada del 29 de diciembre los bonaerenses salieron masivamente a la calle en una nueva protesta que fulminó al gobierno de Rodríguez Saá. El mismo día un policía había matado a tres jóvenes en un bar cuando discutían acerca de la represión de la plaza de Mayo. La crispación era máxima y así se demostró cuando los manifestantes se dirigieron al Congreso de la Nación y lo asaltaron. Su interior fue arrasado por centenares de manifestantes que arrojaron muebles, cuadros y bustos a la calle y les prendieron fuego. Era la típica estampa de una insurrección popular quemando los símbolos del régimen que le oprime, la perfecta mezcla entre la rabia que produce la impotencia y la seguridad que ofrece la fuerza de la masa.

Los sucesos dejaban poco margen de maniobra para el gobierno de Saá, del cual empezaron a dimitir ministros aquella misma noche. Por segunda vez consecutiva el pueblo argentino hacía caer un gobierno, lo que dejaba entrever un cierto sentimiento de esperanza para el futuro. Durante las últimas semanas los argentinos y argentinas habían ofrecido una resistencia en la calle que no se silenció con bonitas palabras o promesas de difícil cumplimiento. Esto fue posible no solamente por la rabia, sino por la articulación de un tejido popular de asambleas de barrio que impulsaron las movilizaciones. Para entender el desarrollo de la lucha argentina debemos detenernos a observar este fenómeno.

## 4. Los movimientos sociales: asambleas y desocupados

Uno de los hechos más destacados de la crisis argentina, o al menos el que más ha llamado la atención a los movimientos de izquierda y sociales, no ha sido la crisis económica en sí. Los críticos con el capitalismo entendemos que las crisis son a éste sistema lo que la fractura nasal es al boxeo, es decir, un riesgo latente y que ocurre sistemáticamente. Los grandes economistas socialistas que han estudiado el funcionamiento interno del capitalismo no han hecho más que evidenciar los males inherentes al mismo y sus nefastas consecuencias para la humanidad, tanto en el día a día como en los eventos concretos como fue el *argentino*. Así como no se pueden separar las dos caras de un folio de papel, la opulencia de unos pocos no se puede separar de la miseria de una mayoría bajo el imperio del capital. Son cara y cruz. Lo que asombró a millares de personas del mundo entero fue ver cómo en Argentina se creaba una red social con la que se daba solución y medios para afrontar muchas de las dificultades que la crisis planteaba. Hablamos de un sistema de producción-consumo alternativo como los mercados de trueque, de la gestación de movimientos como el piquetero o las asambleas barriales.

Todos ellos habían empezado a formarse unos años antes del colapso total de la economía argentina y habían proporcionado un buen pasto del que se nutrieron muchas luchas. Pero no fue hasta diciembre de 2001 cuando se palpó la importancia de un tejido con el que se pudiera organizar, más o menos eficazmente, una lucha popular. No era un hecho novedoso, la mayoría de situaciones de revuelta popular han traído algún nuevo modelo de organización. Encontramos, por ejemplo, los *soviets* en la revolución Rusa, los *cordones* en Chile o los comités de fábrica y las colectividades en la revolución española. Salvando las grandes diferencias, el tejido que se empezaba a crear apuntaba a la necesidad a la que se enfrenta toda insurrección popular si aspira a una continuidad y a ejercer un efecto: la organización interna del movimiento. Una organización que aporte tanto el soporte para la lucha como el sustento y cubrimiento de las necesidades más básicas.

Los mercados de trueque proporcionan un mercado al margen de la especulación donde cada persona contribuye a la vez que consume. Las asambleas de barrio son un órgano de decisión donde centenares de personas pueden decidir sobre el desarrollo de las protestas. Los piquetes son el lugar de encuentro de los desocupados y de los sectores más desfavorecidos. La ocupación de fábricas y talleres es el resultado de la implicación de la clase trabajadora en la contienda. Los cacerolazos son la protesta del grueso de la ciudadanía, una dilución de las proclamas populares y las de la clase media y media-alta. Parece un puzzle donde cada sector de la sociedad puede jugar su rol y donde las piezas acaban encajando perfectamente, pero conviene analizar cada uno de los personajes para observar la imagen en su conjunto y ver cuál es su evolución.

### Las asambleas barriales

Podríamos decir que las asambleas barriales son la estampa del movimiento popular argentino. Ellas han sido uno de los principales motores de las movilizaciones, tanto a nivel local como nacional, y han intentado llenar el vacío organizativo existente. A partir de ellas salió la primera convocatoria de un cacerolazo simultáneo en todo el país y se han formulado los eslóganes que las protestas han lanzado, por lo que el estudio de su desarrollo es de notable interés.

Podemos ver una de las primeras asambleas en los incidentes de Corrientes de 1999, donde las reuniones de *autoconvocados* discuten acerca de sus problemas y sobre cómo solucionarlos. Son, sin embargo, iniciativas que duran poco. La mayoría de asambleas barriales se crean a raíz de los sucesos de diciembre. Los vecinos y las vecinas empiezan a encontrarse en las esquinas, plazas o centros sociales y conjuntamente discuten acerca de la situación política y organizan sus protestas. A parte de reunir a personas de un mismo ámbito geográfico, las asambleas tienen la facultad de implicar a centenares de personas que nunca antes habían tomado parte en eventos políticos. La naturalidad con que aparecen y en la que se desarrollan invita a la participación de todas aquellas personas que se sienten enojadas por la actuación de algunos partidos de izquierda y por las formas habituales que toma la política. Si bien en ellas no se dan grandes discusiones teóricas, son un buen polo de atracción y un

pozo de formación para todas estas personas defraudadas por las instituciones y organizaciones políticas tradicionales, desde partidos a sindicatos, que sienten que no les representan y que miran tan sólo por sus propios intereses. Si a esto le añadimos el elevado nivel de corrupción de los dos partidos alrededor de los cuales gira la política oficial, poco cuesta entender el enojo que existe hacia las formas tradicionales de lucha. Las asambleas representan, pues, una puerta abierta a la libre participación de todas aquellas personas que lo desean, sean jóvenes o ancianas, más ricas o más pobres, mujeres u hombres, ocupadas o desocupadas.

En un principio las asambleas llegan a reunir a centenares de vecinos y vecinas y cumplen con un importantísimo papel en los eventos de diciembre y enero. Los grandes cacerolazos a nivel local y nacional son organizados a partir de la discusión en cada barrio. También los saqueos son a veces organizados desde los barrios, donde se reparte la comida según las necesidades de cada familia. Desde los barrios se organizaron grupos que iban a grandes superficies de venta al por mayor a realizar la compra para todo el vecindario, consiguiendo así unos precios más asequibles. También se denunciaban problemas particulares de cada zona; en algunos, los más pobres, sería la falta de infraestructuras, mientras que en otros podían llegar a ser quejas relacionadas con el alto volumen de tráfico. En cada una de ellas podían aparecer muestras muy variopintas de las diferentes realidades que atraviesa la población: las necesidades de los barrios marginales, las llamadas villas miseria, poco tenían que ver con las de un barrio típico de la clase media como Palermo o Flores. Sin embargo, algunos estudios revelan que en los barrios de clase media es donde más asambleas se constituyeron. Claro que, por otro lado, en las zonas más desfavorecidas se constituyó otro tipo de movimiento que más tarde observaremos, el piquetero.

Las asambleas representan la reunión de los habitantes de una zona para conversar y emprender actividades en su área de influencia, pero rápidamente se percibe la necesidad de poner en común los acuerdos y de tomar resoluciones a más alto nivel que el local. Las asambleas de barrio llevarán sus propuestas a las asambleas Interbarriales, y finalmente estas las llevarán a la asamblea Interbarrial Nacional, desde donde se resolverán los acuerdos que precisan un mayor alcance que las problemáticas de cada barrio.

### **Las Interbarriales**

La euforia de los primeros días permitía tomar decisiones aceleradamente sin apenas discutir. En algunos videos que hemos podido consultar se observa cómo los asistentes votan resoluciones levantando el brazo antes de que la mesa hubiera siquiera acabado de leer el acuerdo. La predisposición a la lucha, a la *bronca*, hacía posible que se aprobaran propuestas de alto rango como las que se tomaban, por ejemplo, en la primera asamblea Interbarrial de Buenos Aires a mediados de enero. Allí se decidieron emprender medidas contra los servicios públicos privatizados, dar apoyo al cacerolazo contra la Corte Suprema, convocar una manifestación de repulsa al asesinato de tres jóvenes a manos de un policía en el barrio de Floresta, hacer un llamamiento a la unión de “ahorristas, trabajadores ocupados y desocupados, piqueteros y todas las víctimas de este sistema”, lanzar la propuesta de una Asamblea Popular Constituyente, se acordó el no pago de la deuda externa, la reestatización de las empresas privadas, la expropiación de empresas y grandes contribuyentes que no pudieran justificar su patrimonio, etcétera.<sup>23</sup>

Si miramos el acta de la asamblea Interbarrial de Capital y Gran Buenos Aires del 11 de agosto de 2002,<sup>24</sup> encontramos otra muestra. A ella asistieron 32 asambleas de barrio y 11 organizaciones de distintas temáticas, y se tomaron, entre otros, los siguientes acuerdos:

- el apoyo a los trabajadores mineros de Río Turbio, que habían tomado la empresa, solicitando el derecho a comercializar el carbón que producían
- el apoyo a la asamblea de Paternal en defensa de su merendero popular, que el gobierno trataba de desalojar
- realizar una manifestación contra la represión a asambleístas, estudiantes, piqueteros, ahorristas, cartoneros y sin techo
- apoyar la movilización por la salud pública y gratuita
- abrir el debate sobre el aborto en las asambleas y trabajar en movilizaciones por la despenalización del mismo

Además, se decidieron llevar las siguientes propuestas para la próxima Interbarrial Nacional:

- la realización de actos y de un cacerolazo nacional simultáneo contra la convocatoria de elecciones generales, que se tildaba de “trucha”
- realizar movilizaciones el 12 de octubre junto a las comunidades indígenas contra la colonización de ayer y de hoy, por la definitiva independencia y la unidad de los pueblos de Latinoamérica
- decidir un plan de lucha por la unidad con los movimientos de trabajadores y para concretar el gobierno de las asambleas y los trabajadores
- el llamamiento a la unidad de todas las asambleas populares para discutir la propuesta de agruparse en un bloque de asambleas y lograr un lugar en la Mesa Nacional del Bloque Piquetero para profundizar las luchas

En esta asamblea también se propuso contactar con inquilinos en peligro de desalojo para activar la solidaridad, algunas movilizaciones de ámbito nacional y algunos puntos de matiz organizativo.

Si bien los acuerdos referentes a la alta política y a la economía no podían ser llevados a cabo por la propia condición de las asambleas, que realmente no constituían un grupo de choque frente al Estado o el gobierno, sí que se hallaba dentro de sus posibilidades el buscar soluciones a problemas más cotidianos como, por ejemplo, el incremento en los precios de los productos más básicos o el luchar junto a los trabajadores sanitarios para mejorar el servicio. Precisamente, es interesante observar esta voluntad emergente de las asambleas de unirse al movimiento de los trabajadores, sean ocupados o desocupados. Las resoluciones encaminadas a dar apoyo a las empresas que están funcionando bajo gestión obrera son de vital importancia ya que sitúan el movimiento dentro de un contexto de enfrentamiento con los valores fundamentales del capitalismo: el de la propiedad privada y la administración de los medios productivos. Junto a esto, el apoyo al movimiento de los desocupados (piqueteros), significa tender la mano a uno de los movimientos más contundentes y combativos que se han creado a raíz de la crisis. De hecho, uno de los lemas que surgió de las asambleas fue “piquete y cacerola, la lucha es una sola”. Esta voluntad de unión ha sido fundamental en muchos momentos para garantizar el éxito de luchas concretas y nos muestra una de las dinámicas en que se ha fundado la lucha del pueblo argentino: la de la comunidad como factor de resistencia.

Las asambleas barriales, por otro lado, han topado con muchas dificultades. Para empezar, cada persona proviene de distintas realidades políticas. Por una parte están quienes nunca han participado en ningún tipo de actividad, por otro quienes llevan años involucrados, también quienes critican las organizaciones y los que van a ellas con grupos organizados. Hay quienes buscan soluciones a problemas muy concretos y hay quienes entienden las asambleas como el núcleo de poder que debería sustituir al gobierno. Hay quienes las entienden como algo temporal y quienes les quieren dar una vida prolongada. Éste cúmulo de visiones distintas puede llegar a convertir las asambleas en un ente muy válido, pero también muy inútil. En consecuencia, muchas de ellas han visto cómo el número de participantes ha ido menguando desde los centenares de personas que inicialmente se reunían hasta tan sólo algunas decenas de participantes, y unas pocas con doscientas o trescientas personas.

## **La comunidad: un factor de resistencia**

El apoyo de la comunidad ha sido crucial en muchos momentos. Más allá de cuestiones de clase, lo que ha predominado a menudo ha sido el sentir comunitario y de vecindad. Con esto no queremos decir que las diferencias de clase se hayan olvidado, o que no se haya dado importancia a los distintos intereses que podían existir entre las capas más populares o los sectores de clase media; nos referimos a que el hecho de pensar en clave clasista no ha sido del todo consciente. Cuando un barrio se vuelca a defender un taller o una fábrica que los trabajadores y trabajadoras han ocupado y han puesto a funcionar bajo su propio control, para nosotros es un movimiento particularmente de clase. Pero para los afectados, para las personas que han puesto sus cuerpos entre las paredes de la fábrica y las pistolas y escopetas de la policía, esa conciencia a menudo pasaba desapercibida y les movía más una cuestión de hermandad. Esto tiene mucho que ver con la influencia que el peronismo ha tenido en las clases populares a lo largo de décadas. En la mayoría de movilizaciones ha existido un estandarte común, la bandera argentina. No abundaban las clásicas banderas rojas, o las de las distintas organizaciones... pero sí que se utilizaba la bandera nacional como un símbolo de revuelta y unidad.

Hemos visto antes que el peronismo siempre ha jugado con la ambivalencia y el confucionismo. A pesar del enojo que gran parte de la población siente respecto a su política, muchos de sus simbolismos han sido absorbidos casi de manera inconsciente y, por lo tanto, han sido utilizados en las manifestaciones contra los propios peronistas. La no utilización de un lenguaje clasista es otra consecuencia más de esta influencia. Además, las prácticas burocráticas que se han dado en el sindicato que durante décadas ha controlado el movimiento obrero, la CGT, han provocado un rechazo muy grande hacia las luchas sindicales. Incluso existió una propuesta de desafiliación masiva de las centrales sindicales, consideradas un apéndice más de la corrupción política. No es extraño, pues, que la dimensión clasista de la lucha haya tenido que introducirse poco a poco, aunque luego han abundado las consignas a favor de la lucha de los trabajadores.

Como decíamos, el factor comunitario y de solidaridad ha sido muy beneficioso a la hora de potenciar los hechos. Ya hemos visto que en los barrios se organizaron compras en grupo para reducir costes. Otra respuesta comunitaria a la pobreza han sido los mercados de trueque, que aparecen como una forma un tanto rudimentaria de superarla. En ellos se consume y produce, quien consigue algo debe aportar algo; allí todos son *prosumidores*, es decir, consumidores y productores a la vez. "Surgió por la combinación de dos factores: la existencia de gente con la capacidad de producir y por las necesidades de la gente", cuenta el encargado de trueque del barrio de Flores de Buenos Aires.

La primera red de trueque nació en 1995 en Bernal, la provincia de Buenos Aires. En seguida se asociaron varios miles de personas y se crearon *nodos* en distintos barrios y ciudades, aunque el apogeo llegó con el crack de diciembre. La rapidez con la que se extendió este modelo de mercado alternativo es fruto de las carencias que gran parte de la población sufría y sufre. A pesar de ser una salida temporal, para algunas personas el trueque se ha convertido en su principal fuente de abastecimiento y, como vemos, algunos de estos mercados llevan años funcionando.

El intercambio de productos es la base, aunque en la mayoría de ellos se han creado bonos de consumo que sirven sólo a nivel interno. Esta manera de funcionar recuerda un poco a las cooperativas de trabajadores que tanto se extendieron desde finales del siglo XIX, que cuñaban una moneda propia con la que los miembros podían comprar los materiales y alimentos que los distintos asociados producían.

Gracias a éste sistema algunos millones de personas (se calcula que unos 10) pueden obtener alimentos o bienes necesarios sin tener dinero. Uno puede fabricar artesanalmente cestas, cultivar tomates o ofrecer unos zapatos que ya no necesita y conseguir a cambio arroz, unos pantalones o cualquier otra cosa. Pero también se ha llegado a hacer trueque con coches, casas prefabricadas e incluso dentistas. Todo vale en estos mercados de objetos y servicios donde lo que se valora son las necesidades de las personas y las capacidades que cada una de ellas pueda ofrecer. Es un sistema simple con el que se han suplido muchas carencias que afectaban a los más desfavorecidos.

Pero también se han realizado actividades generalmente consideradas marginales, como la ocupación de viviendas e inmuebles o los propios piquetes. El número de familias que a consecuencia de la crisis han visto peligrar sus casas ha ido aumentando. Muchas personas han corrido el riesgo de quedarse en la calle, y el apoyo de los vecinos para parar los desalojos ha sido vital. La policía acudía a las viviendas con trajes antidisturbios y utilizaba la fuerza si era necesario, pero la valiente presencia de los vecinos y vecinas o de los participantes de las asambleas conseguía parar estos despiadados actos.

Otras veces la situación era a la inversa, y no se trataba de defender a una familia dentro de sus casa, sino de introducirla en una de vacía. Esto se viene haciendo en muchos países desde hace décadas constituyendo un movimiento que se apoda *okupa* o *squatter*. Sin embargo, siempre se ha considerado un movimiento marginal y de jóvenes rebeldes. Pero en los barrios de Argentina ha sido llevado a cabo por familias enteras, por grupos de vecinos e incluso por las mismas asambleas de barrio que ocupaban inmuebles abandonados de bancos u otras empresas para proporcionarse un cobijo donde realizar sus reuniones. Es curioso ver cómo ante la necesidad cambia la concepción de algunas actividades que hasta ayer eran consideradas "subversivas", siendo hoy llevadas a término por gente que se considera a ella misma "normal y corriente".

El contacto con el grupo conlleva esto, que las personas no se sientan aisladas y que no perciban sus problemas como asuntos personales. La mayoría de problemas que padece la población argentina son de origen estructural, producidos por un sistema que pone a todos bajo las mismas normas y que nos aprieta contra las mismas cuerdas. La fragmentación individual

que el mismo sistema promociona se rompe cuando las vecinas y los vecinos de un mismo barrio se encuentran en la plaza o en la esquina y ponen en común sus historias individuales. Luego reconocen que en el fondo todo es una suma de problemas individuales provocados por causas comunes. Entonces entienden que lo suyo es un problema colectivo, no personal.

## **El movimiento de los desocupados**

Cuando durante los 90 empezaron a clausurarse empresas de forma intensificada o bien miles de trabajadores y trabajadoras eran despedidos con la excusa-fórmula de la “reestructuración de la economía”, se sembraron las semillas de lo que podía llegar a ser un vasto movimiento de resistencia. Amplias zonas que vivían principalmente de la industria perdieron su forma de vida y empezaron a padecer la pobreza y la falta de recursos. Pero también perdían algo muy valioso, los espacios donde clásicamente los sindicatos han centrado su actividad y en los que los trabajadores han podido organizarse para la conquista de mejoras. Perdidas las fábricas y talleres muchas personas perdían también un foco de lucha donde podían ser relativamente fuertes.

Esto puso de relieve la necesidad de encontrar nuevas formas de resistencia que fueran tan efectivas como las huelgas, pero que pudieran practicarse desde fuera de las fábricas. La cuestión es que no se podía parar la producción, que es lo que busca una huelga. Pero el proceso de producción es solamente una parte del ciclo, que se compone necesariamente de la distribución y la comercialización. A lo largo del siglo XX se han desarrollado campañas alrededor del mundo que han tratado de incidir en la última parte del ciclo, la comercialización, organizando boicots a productos de empresas que no respetaban los derechos de los trabajadores. Los sindicatos habían potenciado esta forma de lucha como complementaria a las huelgas para hacer el mayor daño posible a las empresas responsables. En el Estado español existió el conocido caso de las cervezas Damm, cuando junto a una huelga se logró que muchos establecimientos colgaran el cartel de “aquí no se despachan cervezas Damm”. También ha sido una práctica muy común de los movimientos sociales de finales de siglo XX, quienes han organizado muchos y muy variados boicots: desde productos míticos como la Coca-Cola o las zapatillas deportivas Nike, hasta a empresas que experimentan sus productos en animales, o la reciente campaña de boicot a productos “made in U.S.A.” en repulsa a la guerra en Irak. El boicot es un recurso que ha demostrado ser muy efectivo cuando se ha tratado de utilizarlo en ocasiones concretas, a productos muy determinados y ligado a protestas de masa. Sin embargo, ha demostrado ser muy débil cuando se han lanzado campañas amplias y con listados de productos inacabables.

Los desocupados argentinos observaron las tres fases que atraviesa un producto en el mercado capitalista, y decidieron que había uno en el que sí podían incidir de manera contundente: la distribución. Si aplicaban la misma metodología que se utiliza en una huelga, cuando los trabajadores se concentran en las puertas de la empresa formando piquetes para impedir que otros trabajadores entren a trabajar, y lo trasladaban a las carreteras por donde necesariamente tenían que circular los camiones que distribuían las mercancías, se podía parar este aspecto vital de la economía. Fue así como nacieron los primeros piquetes o cortes de ruta en junio de 1996 en la provincia de Neuquén, en el interior del país. El piquete consiste en cortar una carretera levantando una barricada con neumáticos, señales de tráfico o cualquier otro objeto al alcance. Luego los desocupados y familiares, amistades, compañeros de otras organizaciones o grupos de trabajadores se sitúan en medio de la calzada y allí están varias horas impidiendo cualquier movimiento de circulación. Es una movilización activa, es decir, se corean eslóganes, se realizan asambleas para discutir sobre la marcha y se intenta llevar la negociación con la autoridad correspondiente en el transcurso del piquete mismo. Un fenómeno que recordaba que las causas que años antes habían provocado saqueos por parte de la población más pobre y que propiciaron la caída del gobierno de Alfonsín seguían sin solucionarse y podían llegar a causar mayores problemas al gobierno argentino.

Los piquetes, además, reúnen dos aspectos fundamentales que no es capaz de reunir, por ejemplo, el boicot. Promueve la movilización masiva y la toma de decisiones en grupo. El boicot se mueve en el plano más individual, donde cada persona aisladamente puede decidir practicarlo o no dependiendo de sus posibilidades y de su voluntad. El piquete, en cambio, requiere que las personas que vayan a practicarlo se encuentren y discutan sobre tácticas, hagan pancartas, coreen eslóganes, etc. Es una movilización de clase que comparte ciertas formas con las huelgas de trabajadores aunque, obviamente, no tiene la misma fuerza al no poder parar la producción.

Su peculiar forma de entender la acción y la implicación de las personas que en ella toman parte le ha otorgado una dimensión democrática considerable y ha roto con el descontento que muchas personas sentían hacia las tradicionales formas de organización de los movimientos obreros. No todas las organizaciones piqueteras entienden esta democracia de la misma manera, pero en principio parten del punto de la participación de sus miembros. Mirando a grandes rasgos, y sin entrar demasiado en el tema, vamos a nombrar algunas de las organizaciones piqueteras y de desocupados que se han creado para ver la variedad existente. Podemos encontrar la Federación Tierra y Vivienda (FTV), vinculada a la CTA y crítica con los cortes rotundos de carreteras. Su estrategia es más dialogante y practican cortes parciales. En esta misma línea se encuentra también la Corriente Clasista y Combativa (CCC), vinculada al partido maoísta PCR. También vinculadas a partidos u organizaciones de izquierda están el Polo Obrero (vinculado al Partido Obrero) o el Movimiento Territorial de Liberación (MTL) y el MST Teresa Vive, ambos vinculados al Partido Comunista. Existen otras como la Coordinadora Aníbal Verón (CAV) o el Movimiento de Trabajadores Desocupados Neuquén (MTD Neuquén) que no mantienen vínculos con organizaciones de izquierda, que defienden la autonomía del movimiento piquetero y que desarrollan actividades más combativas.

### **Distintas visiones**

En un primer momento la mayoría de organizaciones piqueteras intentaron trabajar conjuntamente creando el Congreso Piquetero Nacional, que se reunió por primera vez en julio del 2001. Allí, empero, surgieron distintos puntos de vista que poco a poco fueron creando divisiones por las distintas formas de concebir cual debía ser el plan de lucha. Estas divergencias han ido profundizándose y han supuesto que a menudo no se pudieran materializar movilizaciones conjuntas.

El sector más dialogante y conciliador, representado principalmente por la FTV y la CCC, ha mostrado su desagrado con los cortes totales de carreteras e incluso ha sido partidario de negociar con las autoridades las condiciones de un piquete. Entienden que no se debe interrumpir completamente la circulación e intentan dejar vías alternativas para la misma. Defienden que las movilizaciones deben ser lo más amplias posibles y pacíficas.

Este planteamiento desnuda al piquete de su principal fuerza, la interrupción de la circulación. Al proponer que se negocien con las autoridades municipales las zonas donde se puede practicar un piquete para causar el menor daño posible, no se hace más que reducir el impacto que pueda tener. De hecho, en el primer Congreso Piquetero estas organizaciones se mostraron reacias a una movilización conjunta en 50 ciudades con la que se pretendía bloquear todos los accesos a la Gran Capital. A nuestro entender este exceso de moderación resulta perjudicial para el movimiento, pues al despojarlo de una de sus principales fuerzas se corre el riesgo de que los implicados en las acciones puedan pensar que con ellas no logran nada, pueden llegar a desmoralizarse. Además sus críticas a la radicalidad a menudo se han hecho de una manera que en lugar de propiciar el diálogo han creado divisiones internas, siempre perjudiciales.

Otra divergencia viene a raíz de los Planes Trabajar. Los Planes Trabajar son subsidios que otorga el gobierno que van relacionados con trabajos comunitarios. Los beneficiados se emplean unas cuantas horas diarias en trabajos para el beneficio de la comunidad y a cambio reciben un sueldo que, aunque no muy alto, puede ser de ayuda para las familias. La gestión de estos Planes ha sido fuente de discusión para las organizaciones piqueteras. Una de las reivindicaciones era que tales Planes fueran gestionados por las propias agrupaciones de desocupados en lugar de serlo por las autoridades municipales, argumentando que con ello se creaba un cierto caciquismo y se beneficiaban a determinadas personas. El sector más dialogante ha aceptado que sea el Estado quien otorgue los Planes en base a listas hechas por las organizaciones, mientras que los sectores más combativos exigen ser ellas mismas quienes los distribuyan entre sus miembros.

Puede parecer tan sólo una cuestión de formas, pero detrás de ello se esconde un manera de entender la lucha y de relacionarse con el Poder. Organizaciones como la FTV administran un mayor número de Planes Trabajar debido a su actitud más conciliadora, y eso supone un cierto reclamo para los desocupados. Pero también sus formas de lucha son menos agresivas, en el sentido de que dañan menos los intereses capitalistas y del propio gobierno y, por lo tanto, no consiguen imponerse en algunas negociaciones. Las organizaciones como la CAV no administran un número tan alto de Planes Trabajar, pero sus movilizaciones son sin concesiones, buscando los puntos donde los cortes puedan tener un mayor impacto y consiguen que las negociaciones se lleven a cabo en el transcurso de la acción, poniendo así a

las autoridades bajo una presión superior. El impacto puede ser tal que en un comunicado hacían eco que el mismo ministro de Trabajo compadeció a una mesa negociadora después de haber afirmado públicamente que no iba a hacerlo mientras durasen los cortes.

La cuestión de fondo va ligada a una distinta concepción ideológica. La actitud de los sectores conciliadores va encaminada a encontrar soluciones dentro del marco actual, la de los más combativos lleva un mensaje de transformación social. Esta distinta visión de cómo debe enfocarse la lucha de los desocupados es lo bastante importante para impedir el acuerdo en muchos planteamientos. Es una disyuntiva con la que se topará continuamente en el proceso social argentino.

### **¿Porqué los desocupados?**

Puede parecer curioso que los trabajadores desocupados hayan creado una lucha propia y unas redes de coordinación y que ellos mismos hayan obligado al gobierno a tomar resoluciones respecto a distintos temas. Tradicionalmente han sido los trabajadores activos quienes mediante la huelga han conseguido mejoras. Esto se debe, entre otros, a dos factores clave: la masificación en una misma zona de amplias capas de desocupados y la no atención por parte de los sindicatos.

El primer factor es bastante clarificante en sí mismo. Cuando se cerraban fábricas, talleres u otras empresas, muchas personas de un mismo barrio quedaban desocupadas. Normalmente las empresas suelen contratar gente de la misma zona donde se ubican, creando grandes núcleos industriales donde los residentes viven y trabajan a pocos kilómetros de distancia. Así se fueron creando bolsas de pobreza y las llamadas villas miseria. En los territorios de pequeños poblados donde casi toda la población se empleaba en una misma empresa se produjeron incidentes entre éstos y las autoridades municipales, a quienes se culpaba de no prestar atención a su situación. Hubo levantamientos en varias zonas rurales, y poco a poco se fueron extendiendo hasta el punto de que se formaran asociaciones para dar más fuerza a las movilizaciones. Es una forma de lucha de la que se puede encontrar referencias en otros países, como por ejemplo en Brasil, con el Movimiento de los Sin Tierra (MST).

Por otro lado, encontramos en la unión de los desocupados el relleno de un vacío que dejaban las organizaciones de trabajadores, especialmente los sindicatos. Éstos nunca prestan demasiado interés a los problemas de los desocupados, sino que centran su actividad en los conflictos laborales. Lo podemos ver tanto en Argentina como en la mayoría de los países del mundo. El sindicalismo mayoritario, el que se enmarca a nivel europeo en la CES, muchas veces ha llegado a acuerdos para el cierre de factorías muy poco beneficiosos para los trabajadores, y en lugar de defender los puestos de trabajo ha preferido aceptar lo inaceptable, argumentando que no se puede hacer nada al respecto. Nuevamente, en el Estado español encontramos los ejemplos de los cierres de las dos plantas de Valeo, la de Nissan o el de los astilleros. El sindicalismo oficial pocas veces se ensucia las manos para enfrentarse a las grandes compañías y se decanta por los acuerdos “lo menos dañinos posibles”.

En Argentina, donde el sindicalismo ha sido copado durante años por la peronista CGT, no es de extrañar que no se decidiera luchar por los puestos de trabajo de manera efectiva. Esto hubiera significado ponerse en contra de la política del propio peronismo, que en aquellos momentos se personificaba en Menem y su gobierno privatizador. La aparición de la CTA como alternativa supuso un cierto avance. Creó una de las primeras asociaciones de desocupados, la Federación Tierra y Vivienda (FTV). Pero la misma CTA a veces ha visto a los desocupados como mero soporte para otras luchas, en lugar de percibir el sindicato como el soporte para la lucha de los desocupados. El equilibrio pasaría por entender la lucha de activos y desocupados como la misma, pero en diferentes vertientes.

A causa de estos dos motivos se ha gestado un movimiento que reúne a centenares de miles de personas, la mayor parte de una combatividad formidable, que ha transmitido un espíritu de resistencia que ha hecho del piquetero una figura respetable. Su experiencia fue de mucha utilidad en los días de diciembre cuando los enfrentamientos en la calle requerían grupos de personas que supieran defenderse sin renunciar a la *bronca*.

## **5. El movimiento obrero**

En este capítulo nos hemos querido referir a aquellas luchas que afectan directamente a los trabajadores y trabajadoras en activo, los que están en contacto con los medios de producción. Si bien el movimiento de los desocupados es de origen obrero, al encontrarse fuera de los medios no tiene la misma fuerza de la que goza, por ejemplo, una ocupación de fábrica. Aun a pesar de tener el mismo origen social y de adoptar formas de lucha parecidas, conviene analizarlas por separado porque, a nuestro entender, son los trabajadores en activo quienes tienen el potencial para adueñarse de los medios y de ponerlos a funcionar en beneficio de la comunidad. Obviamente, y así ha sido, los desocupados deben ser tomados en cuenta por los activos, y los deben incorporar en sus luchas. La diferencia de posición no debe ser un inconveniente sino que se debe saber usar estratégicamente.

## Las ocupaciones de empresas

“Un desafío para los trabajadores”. Esta es la frase que acompaña la cabecera del periódico Nuestra Lucha, el órgano a través del cual las empresas ocupadas se comunican y promueven su lucha hacia el exterior. La afirmación no es más que el reflejo de la situación a la que han tenido que enfrentarse estos hombres y mujeres que un día se encontraron en la calle y al siguiente decidieron recuperar sus antiguos puestos de trabajo, aun desafiando las estructuras del sistema económico y social vigente.

A principios de diciembre de 2001, 380 trabajadores eran despedidos de la fábrica de cerámicas Zanón por el cierre de la misma. Zanón había sido una de las empresas más importantes del sector de los revestimientos cerámicos y había llegado a controlar el 25% del mercado nacional de su producto. También era la principal exportadora de productos cerámicos del país. Ahora las deudas parecían forzar a los propietarios a abandonar la producción y a despedir a toda la plantilla. Los problemas ya habían empezado tiempo atrás cuando la empresa despidió a cien operarios y rebajó los sueldos. Según un artículo de Osvaldo Bayer, publicado en Página 12,<sup>25</sup> tales actitudes no tenían fundamento alguno. Nos cuenta que a partir del año 2000 la dirección empezó a hablar de “reestructuración” y efectuó varios despidos. Según Bayer, Zanón obtenía beneficios, incluso había aumentado las cadenas de producción de tres a veinte, por lo que el empeoramiento de las condiciones y los despidos no tenía justificación. La empresa alegaba tener “problemas financieros”, pero al mismo tiempo abrió otra factoría en Buenos Aires y compró seis canteras propias. Luego empezó una suspensión de sueldos y los trabajadores respondieron con una huelga de 34 días, ante la cual los directivos de la marca cedieron. Posteriormente se planteó un reajuste de plantilla en el que tan sólo se dejaban 60 trabajadores y la empresa aplicó el lock-out (cierre patronal).

Los trabajadores se negaron a aceptar los planes de la empresa y quemaron sus órdenes de despido frente a la Casa del Gobierno Provincial. A lo largo del día fueron recibiendo el apoyo de diversos sectores de trabajadores, entre ellos los estatales, que marcharon en columna hasta donde se encontraban los trabajadores de Zanón. También acudieron allí los estudiantes de la Universidad del Comahue, la gente del vecindario, sus familias y hasta algunas agrupaciones de desocupados. Bayer, en su artículo, lo recuerda así: “Me hizo acordar todo esto al primero de mayo de 1902, en Buenos Aires, cuando las columnas anarquistas marcharon al compás del *Hijo del Pueblo* a reclamar por las ocho horas de trabajo.” También estaba allí la policía, que reprimió los actos quedando un total de nueve heridos (dos de ellos policías) y dieciséis detenidos. Pero los detenidos tuvieron que ser liberados aquella misma tarde tras una protesta que agrupó unas 2.500 personas.

En una entrevista realizada por el periódico Página 12 (4-11-02) al dirigente ceramista Raúl Godoy, éste responde a la pregunta “¿por qué se llegó a tomar la fábrica?”:

Fue una respuesta de los trabajadores ante el cierre ilegal de la Cerámica Zanón al apagar los hornos de la fábrica. Y luego de haber sobrevivido gracias a la solidaridad de la comunidad de Neuquén —nos alimentaron especialmente los docentes, estatales, estudiantes y sobre todo los desocupados y sus organizaciones—, decidimos volverla a poner en producción hace unos siete meses. Hoy estamos trabajando unos 270 obreros, más la incorporación de diez compañeros desocupados que multiplicaron los puestos de trabajo a veinte. Resolvimos un sueldo igualitario de 800 pesos mensuales para todos. Se ha tratado de restablecer, aunque en forma artesanal, la cadena de comercialización de lo que fabricamos. Para esto incluso hemos tenido el apoyo de las asambleas barriales y populares de Buenos Aires y de distintas organizaciones que han sido solidarias.

Como vemos, el apoyo de la comunidad fue vital para la victoria de los trabajadores de Zanón, quienes decidieron tomar la fábrica y ponerla a funcionar por su cuenta. Además, no es

nada menospreciable el hecho de que exista un fallo, ratificado por la Corte Suprema, donde se ordena la reapertura de la fábrica y donde se condena el cierre patronal.

Pero el caso de Zanón es tan sólo uno de entre los cerca de 200 que han ocurrido. Encontramos los casos de la textil Brukman, de la Clínica Junín de Córdoba, el Supermercado Tigre de Rosario, la metalurgia Renacer de Ushuaia, las cerámicas Steffani y Del Valle de Neuquen, la panificadora Cinco, la cristalería Cuyo, los mineros de Río Turbio... La consigna es: "empresa que cierra, ocuparla y ponerla a producir".

### **La producción bajo control obrero**

Una empresa nota rápidamente los efectos de estar gestionada por los trabajadores, igual que el cuerpo humano se reconforta cuando le ha sido extirpado un tumor extraño. Los efectos de una clase dirigente se dejan notar a muchos niveles, desde el ideológico hasta en las relaciones interpersonales. Cuando este tumor que es la autoridad desaparece, las personas encuentran nuevas formas de organizarse y de relacionarse en los distintos niveles de la vida. Ya hemos visto cómo funcionaban los mercados de trueque o las asambleas barriales, donde cada persona tiene algo que aportar y algo que conseguir. Las empresas ocupadas no son excepción en este sentido.

Partiremos del ejemplo concreto de otra de las fábricas que se toman como referencia, la textil Brukman. Ésta fue abandonada por sus propietarios cuando la crisis de diciembre estalló. Sus trabajadores estaban protestando porque se les adeudaban algunos sueldos. Al saber que los propietarios habían marchado se negaron a abandonar el recinto, sin la intención aún de ocuparla. Sin embargo, alguien acabó por sugerir que se tomara la empresa como medida de protesta.

Una de las actuales delegadas de Brukman relata en una entrevista que al principio, cuando surgió la idea de tomar la fábrica, les representó un shock. Las trabajadoras poniendo a funcionar una fábrica sin jefes... parecía un poco extraño. Durante años se ha educado a las personas para que obedezcan las instrucciones de sus superiores: primero a los padres en casa, luego a los maestros en el colegio y la universidad, luego a los encargados y jefes en el trabajo y, como ciudadanos, a nuestros gobernantes. El hecho de emprender una actividad tan importante como la producción sin la figura de la autoridad supervisándola rompió los esquemas de las trabajadoras de Brukman. Pero la emprendieron. Naomi Klein, la conocida autora de *No Logo*, lo sentenciaba así en una conferencia pronunciada en Brukman:

Una y otra vez, las personas comunes que no se identifican a sí mismas como activistas o como izquierdistas, están llevando a cabo acciones que no comienzan con la teoría, sino con la necesidad.

La necesidad de conservar el trabajo.

La necesidad de comer.

La necesidad de agua limpia.

La necesidad de cuidar el hogar.

Primero viene la acción -la ocupación, el piquete, la asamblea. Y después de este proceso, surgen la teoría y la estrategia política.

La realidad no fue de otra forma. Las trabajadoras de Brukman no eran especialmente revolucionarias, quizá muchas de ellas ni siquiera habían participado activamente en ningún movimiento de izquierdas. Sin embargo, ocuparon la empresa y establecieron una organización interna completamente distinta a la que existía anteriormente, y han acabado por convertirse en una de las empresas líderes en la lucha. Esta organización interna no dista mucho de las que se establecieron en fábricas, talleres y campos durante las dos grandes revoluciones del siglo XX: la rusa de 1917 y la española de 1936. Se han eliminado las jerarquías internas y las distintas categorías, estableciendo el mismo sueldo para todas las operarias. La coordinación va a cargo de representantes elegidas entre las mismas trabajadoras, que gestionan los acuerdos tomados colectivamente en asamblea y cuyos cargos son revocables. El producto del trabajo no se ve como algo que produce beneficio, sino que se intentan tener en cuenta las necesidades de la comunidad, aunque en un principio el objetivo es la supervivencia de las propias trabajadoras. Se han creado puestos de trabajo para desocupados y han creado escuelas de oficios para formar a los mismos. Así de claro lo dijo la delegada de Brukman, Celia Martínez: "Tal vez la patronal no se dio cuenta, pero los negritos sacamos la cabeza de la bolsa y somos capaces de manejarnos solos, sin la necesidad de que vengan a dominarnos como nos dominaban." Más claro, imposible.

Éstas son tendencias que se han dado en la mayoría de las empresas ocupadas. Los trabajadores eliminan las normas absurdas impuestas por la patronal, dirigidas tan sólo a potenciar divisiones ficticias entre los mismos trabajadores. Creando distintos salarios en base a la antigüedad o la categoría los trabajadores pueden llegar a pensar que sus intereses y los del compañero de al lado son distintos. Igual que con la diferente escala salarial entre hombres y mujeres, que intenta reforzar la idea que la mujer es la acompañante del hombre, un complemento *de él*, y no un ser independiente que no tiene porqué recibir un sueldo inferior. Es el viejo "divide y vencerás" que los capitalistas aplican con entusiasmo. Los trabajadores, por su lado, aplican el también viejo "unión y solidaridad". Dos maneras antagónicas de comprender el mundo.

Si bien los patrones dirigen la producción en miras a los beneficios, los trabajadores han intentado darle otro enfoque. Cuando las fábricas han conseguido rendir con normalidad y sufragar los gastos, han planteado la producción desde una visión más comunitaria. Juan Carlos Righini, de Brukman, lo cuenta así:

Primero estábamos paralizados, hasta que un día entregamos un pedido de pantalones que la patronal tenía pendiente. Con los tres mil y pico de pesos que entraron pagamos parte de la deuda de luz y gas, y repartimos el resto. Cuando empezamos a vender el stock compramos insumos y nos pusimos a producir. Hasta ahora no pudimos retirar más de 100 pesos por semana. Nuestra idea es diversificarnos, seguir haciendo sastrería fina pero sumarle indumentaria para hospitales y escuelas.<sup>26</sup>

Lo mismo que decía Esteban, de la Clínica Junín de Córdoba:

Buscamos que nuestro trabajo sirva a la comunidad, no al mercado.

O las palabras de Ivana Agüero, vocal de la panificadora Grissinopoli, ocupada desde junio de 2002, dirigidas a los asistentes de una concentración de apoyo frente a las puertas de la empresa:

La Justicia nos defraudó, como obreros estamos humillados pero como seres humanos hemos crecido. Hoy sabemos el valor de la solidaridad de todos ustedes, nuestra decisión es resistir el desalojo, no permitir el cierre definitivo de la fábrica y poner todo el esfuerzo en volver a producir.

Ésta es la gran distinción: la solidaridad. Los capitalistas entienden la producción como una competición entre individuos o empresas. Los trabajadores de las empresas ocupadas se han dado cuenta de que la producción es un valor social y que, en consecuencia, deben defenderla y darle una dimensión colectiva. Desafortunadamente, debido a las limitaciones con las que se han encontrado, no todas sus aspiraciones han podido llevarse a cabo, aunque el simple hecho de llegar a tal concepción es un gran avance y una buena muestra de cómo las ideas que el capitalismo promueve no son infalibles ni invencibles. La historia ha demostrado numerosas veces que los trabajadores pueden organizar la producción de manera más eficaz que los capitalistas, que tan sólo miran por sus beneficios, aunque los mismos historiadores han sido quienes han barrido estas hazañas debajo de la alfombra. Pero los trabajadores argentinos no han hecho más que repetir una tendencia que se ha dado a lo largo de los dos últimos siglos y que los poderes oficiales no han hecho más que reprimir: la iniciativa de la propia clase

trabajadora para administrar sus asuntos sin la injerencia externa de una clase empresarial o del Estado.

No estamos diciendo con ello que los trabajadores y trabajadoras implicados en las ocupaciones de fábricas hayan roto con las ideas dominantes del capitalismo y se hayan hecho revolucionarios socialistas o anarquistas de golpe. En la mayor parte de los casos su acción ha venido determinada por la necesidad y no han planteado ir más allá, en referencia al gobierno o al Estado, órganos igual de necesarios para el capitalismo que los “jefes”. Lo que queremos indicar es que se ha manifestado una actitud, más o menos consciente, que desafía los pilares ideológicos y sociales de la economía capitalista y del orden jerárquico actual. Esto significa que tanto las ideas influyen en el medio como el medio en las ideas, y abre las puertas a un posible cambio social, en contraposición al pesimismo difundido por gran parte de la izquierda –sobre todo la izquierda radical y algunos sectores anarquistas– que asume que un cambio no puede ser posible hasta que la mayoría haya interiorizado las ideas revolucionarias.

### **Organización**

Al igual que los desocupados, las empresas ocupadas han trabajado para coordinar su lucha. Para ello han convocado una serie de encuentros, el primero el 13 de abril de 2002, otro más amplio el 7 de septiembre de 2002 y un tercero el 15 de marzo de 2003. La idea es reunir no solamente a las empresas bajo control obrero, sino al conjunto de los trabajadores en lucha, ocupados o desocupados. La unidad ha sido tomada como un objetivo que no siempre se ha podido conseguir, pero el mensaje siempre ha pretendido favorecer la acción conjunta.

Observaremos ahora algunas de las resoluciones adoptadas en el segundo Encuentro de Fábricas Ocupadas y Empresas en Lucha<sup>27</sup>, celebrado el 7 de septiembre de 2002, al que asistieron, entre otros, las fábricas de Zanón, Brukman, la Clínica Junín, los mineros de Río Turbio o el Supermercado Tigre, y organizaciones piqueteras como la CTD Aníbal Verón, el MTD Neuquén o miembros del Bloque Piquetero Nacional. También asistían organizaciones de trabajadores como la Rama Salud de ATE-Neuquén, los despedidos de Transportes Metropolitanos, delegados de Luz y Fuerza de Córdoba o del Astillero Río Santiago.

Una de las primeras resoluciones no era más que la confirmación de un acuerdo ya tomado en el primer Encuentro, referente a la represión estatal. A lo largo del año habían sucedido varios intentos de desalojo, junto con ataques a militantes piqueteros y de asambleas, recordando los tiempos en que la dictadura utilizaba grupos de matones para intimidar a los grupos que se oponían a ella. De allí surgió (o más bien, se recuperó) el eslogan que luego a devenido clásico y con el que acaban casi todos los comunicados: “si tocan a una, nos tocan a todos”.<sup>28</sup> Otro acuerdo iba encaminado a la creación de un gran fondo nacional de huelga, con el que se podría ayudar a los trabajadores de las empresas recién cerradas para subsistir mientras reactivan la producción.

Algunos de los otros acuerdos fueron: lanzar una campaña para que toda empresa cerrada sea ocupada y puesta a producir por sus trabajadores; preparar movilizaciones por la expropiación sin pago de toda empresa cerrada y la ayuda mediante subsidios no reintegrables del estado; reestatización de las empresas de servicios privatizadas; trabajar por una reunión nacional de movimientos piqueteros, asambleas populares, fábricas ocupadas, sindicatos combativos y movimiento estudiantil combativo para discutir un plan de lucha común; la preparación de una huelga general activa contra el gobierno Duhalde; crear una Comisión Nacional en defensa de las empresas ocupadas; iniciar una campaña para sanear los cargos sindicales y poner en su lugar a compañeros y compañeras elegidos por los trabajadores; apoyar a los delegados sindicales perseguidos por la patronal; apoyar las ocupaciones de inmuebles por las asambleas barriales; libertad a los presos políticos; etcétera. Una vez los acuerdos fueron tomados se empezó a trabajar por comisiones: la comisión Política, la de Salud, la de Medios y la de la Mujer. Cada una de ellas tomaba unas resoluciones específicas, algunas las veremos más tarde.

Uno de los primeros acuerdos que se llevaron a la práctica fue la creación de la Comisión Nacional de Solidaridad con las fábricas ocupadas. Fue un acto al que asistieron, entre otras personas, el dirigente ceramista Raúl Godoy y una delegación de las Madres de la Plaza de Mayo. Del discurso que pronunció Hebe de Bonafini, la vocal de las Madres, destacamos el siguiente párrafo:

Estamos convencidos que tenemos al país en nuestras manos, con los piqueteros, con las Asambleas, pero sobre todo, con los trabajadores poniendo a funcionar las fábricas cuyos patrones decían que daban pérdidas. Y los compañeros nos están demostrando que no es

así, ¡y que los trabajadores pueden llevar adelante una fábrica! La fábrica, sin trabajadores, no funciona. Pero sin patrones ¡sí que funciona, y qué bien!<sup>29</sup>

Las palabras de Bonafini son de una belleza y una esperanza perfectas. Sin embargo, la realidad era un tanto distinta. Si bien los movimientos piqueteros y de las empresas ocupadas han logrado grandes hitos, también es igual de cierto que son minoritarios y que se hallan bastante divididos, cosa que les debilita. Antes hemos visto las divergencias existentes dentro del movimiento de los desocupados, sus distintas estrategias, a veces incompatibles, y su falta de unidad en la acción. Con las empresas ocupadas nos encontramos en una situación semejante.

### **Los dos caminos de una misma lucha**

Hay dos tipos de divisiones en la lucha de las empresas ocupadas. Por un lado encontramos una distinta visión en torno a la propiedad. Algunos defienden que las empresas recuperadas se deben constituir como cooperativas, argumentando que así logran una autonomía propia y tienen más facilidades legales. Otra visión considera que las empresas deben ser expropiadas por el Estado, quien las debe ceder a la gestión obrera. También defienden que la producción debe ser comprada por el Estado, evitando así caer en la competencia entre empresas. Los cooperativistas afirman que esto les reduce su independencia, mientras que la otra opinión teme que con las cooperativas aparezcan nuevas formas de jerarquía. Son dos tendencias existentes que, en general, se han puesto de acuerdo y se han respetado, llegando a resoluciones donde no se excluyen mutuamente y en las que tanto se reivindican las posiciones de unos como de otros. Pero la divergencia existe y, si bien ahora no es urgente, en el supuesto de que el movimiento fuera a más se debería profundizar el debate en este aspecto.

La división más importante, sin embargo, se produce en el terreno organizativo. Igual que con los piqueteros distintas organizaciones defienden a veces puntos de vista opuestos, en las empresas ocupadas encontramos dos tipos de coordinadoras diferentes. Por un lado está el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER) y por otro el impulsado desde Brukman y Zanón. Algunas empresas participan en ambos encuentros, como la propia Brukman, que envió una delegada al encuentro del MNER el 2 de noviembre. Ésta fue su impresión:

Nosotros fuimos a escuchar qué propuestas había, a ver cómo se desarrollaba, qué gente participaba. Y yo personalmente pienso que eso era campada política, ya que estuvo el Gobernador de la Provincia, estuvo Eduardo Amadeo [miembro del Gabinete Nacional], también había diputados del ARI y otros funcionarios. En este contexto fue indignante cuando pidieron un minuto de aplausos para Maximiliano Kosteki y Darío Santillán [dos piqueteros asesinados] y estaban en primera fila los que los mandaron a matar, los que nos corrieron a nosotras mismas ese día a los tiros y gases en el Puente Alsina.<sup>30</sup>

A esta misma reunión asistieron también legisladores de la Ciudad de Buenos Aires, provinciales y nacionales, dirigentes de los sindicatos CGT y CTA, y el gobernador de la provincia de Buenos Aires. Como vemos, las diferencias son relevantes.

El MNER fue la primera coordinación en crearse, en el 2001, y en sus inicios contaba con unas cien cooperativas y empresas recuperadas. Su función es aportar información legal y plantean el conformarse en cooperativas o en sociedades de hecho como salida que cumpla con los requisitos legales. El hecho de contar con tanta representación oficial supone un muro para los sectores más combativos que quieren alejarse de la burocracia y que prefieren la independencia de las Instituciones. Aun contando con empresas que participan en los dos sectores, son dos visiones de difícil conciliación, pues emprenden caminos bastante alejados y entienden el papel de los trabajadores de maneras muy distintas.

### **Otras luchas obreras**

A parte de las empresas ocupadas se han dado luchas en muchas otras empresas. Los sucesos de diciembre provocaron el miedo a la patronal, quienes efectuaron despidos de personas consideradas rebeldes o peligrosas para el buen funcionamiento de la empresa. Delegados sindicales de Pepsico o del Metropolitano eran perseguidos y suspendidos de sus puestos por su actividad. A su vez muchos trabajadores y trabajadoras veían cómo sus condiciones laborales empeoraban. Los sueldos bajaban, se recortaban plantillas o se amenazaba con el cierre.

En Córdoba los trabajadores del Transporte se organizaron para frenar la decadencia del servicio. Durante la última década el precio de los tickets se había incrementado hasta un 120%, mientras que el número de pasajeros había decrecido hasta un 60%. La empresa tenía planes para recortar 600 puestos de trabajo, ante lo cual los conductores llevaron a cabo un corte de calles espontáneo a finales de marzo de 2001. También se hizo una huelga de 18 días en algunas líneas. Una vez estallada la crisis y dentro del contexto actual, los trabajadores plantean como única salida viable la municipalización de todo el servicio bajo administración de los propios trabajadores y bajo el control de los usuarios.

En la multinacional española Telefónica sus trabajadores también se organizaron para reclamar mejoras. En la compañía Pepsico delegados sindicales represaliados emprendían una lucha por la readmisión. En el Metro los trabajadores hacían cortes de vías para protestar por los despidos efectuados en la empresa, logrando la reincorporación de 25 trabajadores en un primero y de 10 en un segundo. En esta misma empresa se ha conseguido la jornada laboral de 6 horas. En la alimenticia Ecocarne delegados sindicales eran despedidos y como protesta organizaron concentraciones y una carpa delante de la empresa. Los trabajadores estatales han protagonizado más de una vez grandes marchas y protestas y participan activamente en algunas coordinadoras regionales. Los trabajadores de la salud denunciaron constantemente el mal estado del sector, y en algunos casos trabajaban sin cobrar por no faltar a la comunidad. También se llegaron a convenios con algunas empresas ocupadas para proporcionarles asistencia médica gratuita, como por ejemplo en la Clínica Portuguesa del barrio bonaerense de Flores, que fue ocupada y puesta a punto por los assembleístas. Éstas son tan solo algunos de los muchos casos.

Pero al contrario de lo que podría parecer, los sindicatos, o más bien dicho, las centrales sindicales, no han destacado por su activismo en la lucha. La CTA, por ejemplo, no ha dado el suficiente respaldo a las ocupaciones de empresas y tan sólo algunas de sus ramas, como los ya mencionados trabajadores públicos, han tomado un papel combativo. Muchos autores han coincidido en llamar a los sindicatos como los “grandes ausentes” de los días de diciembre. A parte de las convocatorias a la huelga general, realmente no ha existido un impulso para movilizar sus bases, lo que ciertamente debilitó las protestas.

Los sindicatos han impedido exitosamente que los trabajadores activos participaran en el movimiento como fuerza organizada, a pesar de que millares de individuos y algunos sindicatos locales han tomado parte. El gobierno desea desesperadamente no tener que enfrentarse a la fuerza de la clase trabajadora.<sup>31</sup>

Así lo describió el revolucionario británico Chris Harman, quien estuvo en Argentina para estudiar el movimiento popular y, aunque se refiere principalmente a la CGT y su sector disidente, se podría hacer extensible a la actitud general de las tres centrales. Como hemos mencionado anteriormente, la actitud del gobierno de Saá al asumir la presidencia fue tender un lazo con los movimientos populares y, entre ellos, el sindical. Algunos sectores respondieron positivamente. Los que no lo hicieron, tampoco realizaron auténticos esfuerzos para derrocarlo.

Ante esto, la izquierda más combativa ha respondió con la crítica pero no supo ganarse la influencia de las bases, así que dejó intacta la influencia de las cúpulas. Además, hemos visto que en ocasiones tanto la CGT como la CTA convocaron paros generales, con los que mantenían un cierto nivel de actividad que no desprestigió masivamente estas centrales, al menos no entre el trabajador “medio”. La aparición de la CTA también obligó a la CGT a tomar posturas más combativas para no quedarse aislada o perder influencias, y así mantuvo bajo su control a sindicatos que no acabaron de romper con el burocratismo. Esto explica cómo a pesar de no haber relucido por su compromiso, han sabido mantener la confianza de grandes capas de la clase trabajadora organizada.

Sin embargo, las luchas que hemos comentado al principio de este apartado nos indican que también existe un espíritu de lucha desde abajo. Seguramente, si estas luchas consiguen pequeñas pero importantes victorias, se podrá lograr atraer a un mayor número de trabajadores y trabajadoras hacia posiciones más críticas con sus propios dirigentes. Algunas ramas de la CTA ya lo han hecho. Pero para que esto se generalice, deberá dejarse todo sectarismo al margen y enfatizar en la movilización de las bases.

## 6. Otros rasgos interesantes de la revuelta

En todas las insurrecciones populares se han dado cambios en facetas de la vida cotidiana. En las grandes convulsiones del siglo XX, como la revolución Rusa de 1917 y la española de 1936, se dieron pasos significativos hacia la igualdad del género femenino, el establecimiento de unos valores familiares menos rígidos pero más sociales, cambios en la educación de los niños y niñas, el surgimiento de nuevas fuentes de información gestionadas por los trabajadores, etcétera.

Cuando las relaciones sociales entre los dos grupos principales, capitalistas y trabajadores, cambian o están en proceso de cambio, esto repercute irremediamente en las relaciones interpersonales entre los propios miembros de estos grupos. Ideas, mitos, prejuicios u odios que habían formado parte de la cultura popular desaparecen para dar lugar a nuevas formas de entender el mundo y la relación entre personas. La cultura, la naturaleza humana o los comportamientos “biológicamente naturales” no encuentran su origen y sustento en otra cosa que las estructuras sociales. Si Hobbes decía que *el hombre es un lobo para el hombre*, y Rosseau que *el hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad le corrompe*, nosotros decimos que ninguna de las dos cosas es cierta; el ser humano no es ni una cosa ni la otra: el comportamiento viene influenciado por el medio social, y cualquiera de las dos sentencias antes mencionadas se puede cumplir o no en función de las condiciones, del momento o según cual de ellas se potencie con la estructura que un determinado grupo adopte.

Ya hemos visto, por ejemplo, cómo ha cambiado la relación entre los trabajadores de la mayoría de empresas ocupadas. Esto contradice la idea tan extendida que “sin jefes no habría trabajo” y nos demuestra que no tan sólo puede existir, sino que puede funcionar mejor y proporcionar mayor satisfacción a sus operarios. Son los jefes quienes nos han hecho pensar que sin ellos no habría empresas, o los gobernantes quienes han profesado que sin un Estado fuerte y un gobierno la sociedad se vería inmersa en el caos. Al decir esto no hacen otra cosa que intentar justificar su posición de privilegio, pero acaba por convertirse en una idea socialmente aceptada porque no hemos dejado de oírla al largo de nuestras vidas: en la escuela, en casa, en el trabajo, en las educativas series televisivas...

Pero... ¿qué pasa cuando los hechos parecen desmentir tales teorías? Entonces el sistema pierde uno de sus pilares, el ideológico, y debe recurrir a la fuerza. De lo contrario, podría correr el riesgo de derrumbarse. De ahí que sea una misma clase quien posee el monopolio de tres elementos básicos para el control de una sociedad: la educación, la información y los cuerpos represivos. Cada uno de ellos actúa en ámbitos y momentos diferentes, pero si tenemos en cuenta que pasamos, de media, dieciséis años en las escuelas del Estado, que durante toda nuestra vida nos nutrimos de los canales informativos públicos o privados y que pasaremos unos 40 o 50 años trabajando bajo las órdenes de algún u otro capataz, nada extraño es que las estructuras sociales actuales, aun con todas sus injusticias, sean concebidas como las únicas posibles por la mayor parte de la humanidad. Cualquier otra noción podría parecer pura abstracción o fantasía, y será rápidamente tachada de infantil y utópica, aunque también de bonita y deseable.

En la lucha popular argentina no se han desafiado gravemente las ideas y estructuras vigentes; no en términos generales. Pero si miramos en lo concreto encontramos tendencias que sí que suponen la puesta a la luz de distintas formas de organizarse. Los casos de las empresas bajo gestión obrera son una de ellas, los mercados de trueque son otra, y el carácter asambleario de los movimientos de desocupados es otra. No obstante, ahora nos gustaría destacar otros dos que a veces pasan desapercibidos por parecer superfluos al lado de las conquistas de fábricas.

### La situación de la mujer

El género femenino ha padecido históricamente una situación de inferioridad. Algunos lo atribuyen al “pecado original”, otros a su “debilidad” respecto al hombre, o Freud a su “sentimiento de castración” por la falta de pene. La realidad es que en casi todas las culturas y sociedades a lo largo de la historia la mujer ha sido considerada como un ser inferior y no ha podido participar en igualdad con los hombres en los procesos productivos, educativos, políticos, familiares, sociales, sexuales, etcétera. Si bien la forma en que padecía la opresión ha ido variando en función de las estructuras sociales, su papel relegado es indiscutible.

No vamos ahora a buscar las raíces de dicha opresión, por carecer de espacio y por ser merecedor de uno, dos y tres libros específicos. Pero sí vamos a observar cómo ha repercutido en el género femenino todo este proceso de lucha.

Las mujeres [...] somos las que tenemos doble jornada laboral, porque hacemos también todas las tareas de la casa. Somos las que cobramos menos que los varones aunque hagamos el mismo trabajo. Somos las que soportamos el acoso sexual, las violaciones, el abuso y la violencia. Somos las más pobres entre los pobres y somos las que, aún en este siglo, tenemos menos acceso a la educación. Somos las que morimos por los abortos clandestinos, o en los embarazos o en los partos por no contar con la atención básica en salud, las más afectadas por la desnutrición y por el SIDA. Desde diciembre, sin embargo, algo ha cambiado en nuestro país y, a pesar de nuestra situación, demostramos tener la fuerza y el coraje para salir a luchar decididamente. Con la misma decisión queremos tomar en nuestras manos la tarea de coordinar a los distintos sectores en lucha.

Esto es parte del manifiesto que las trabajadoras de Brukman y Pepsico llevaron al XVII Encuentro Nacional de la Mujer, celebrado en Salta en agosto de 2002. Estas trabajadoras han estado al frente de algunas de las luchas más representativas que se han producido. En Pepsico se enfrentaron a la decisión patronal de despedir a 130 trabajadoras. En Brukman tomaron el taller con sus familias y lo pusieron a producir. En Zanón, las pocas mujeres que no fueron despedidas, han seguido con su labor productiva y organizativa. En Córdoba, la Clínica Junín fue recuperada por sus enfermeras y empleadas, y ahora trabajan para el beneficio de la comunidad. En los piquetes muchas son las mujeres que han adoptado papeles de liderazgo y son ellas quienes a veces han tenido que empujar a sus compañeros a la lucha. Han organizado ollas populares para los cortes de ruta o comedores populares en barrios desfavorecidos. En pocas palabras: han tomado el protagonismo.

Tradicionalmente son los hombres quienes trabajan en las fábricas (excepto las textiles o las de alimentación, sectores que se atribuyen a la mujer) y, por tanto, son ellos quienes suelen tomar parte en las actividades sindicales y en las luchas obreras. A la mujer se la considera como un apoyo a la economía familiar, cuyo trabajo puede ser fácilmente prescindible y cuya principal tarea debería ser el cuidado de la casa y de los niños. Paradójicamente, este mismo rol secundario se ha convertido en principal en las luchas piqueteras y en las luchas comunitarias. Las mujeres han sido las principales organizadoras de comedores populares que han servido para alimentar a barrios pobres. Han sido ellas quienes han organizado compras comunitarias y quienes han liderado algunos saqueos, acciones de gran importancia social.

Aunque en cierto sentido esto pueda contribuir a reafirmar más el rol de cuidadora de la mujer frente al de "dominante" del hombre, significa una gran oportunidad de poner a la mujer en una posición de primer plano que nunca será en vano. A nivel psicológico actúa en dos niveles: por un lado la mujer se siente partícipe de la lucha, de la que muchas veces se ha visto apartada por la avanzadilla masculina, mientras que para los hombres (más precisamente los hombres machistas) significa aceptar que la iniciativa debe ser común. A nivel del movimiento, además, es de infinito valor, pues significa incluir en los debates temas por los que, en general, los hombres no se preocupan, como el derecho al aborto o la asistencia sexual gratuita.

Ya hemos visto que en la Interbarrial de Buenos Aires de agosto se votaban dos mociones sobre el debate por el aborto legal. En la Comisión de la Mujer del II Encuentro de Fábricas Ocupadas y Empresas en Lucha se resolvió respecto este tema:

Porque mueren más de cuatrocientas mujeres jóvenes, trabajadoras y de los sectores populares, víctimas de los abortos clandestinos. Exigimos que no sean penalizadas. Derechos sexuales y reproductivos. Anticonceptivos gratuitos en los hospitales y centros de salud. Las compañeras universitarias proponen hacer una campaña de difusión pidiendo un preservativo, los que serán aportados a las organizaciones de desocupadas.<sup>32</sup>

Los temas que implican la sexualidad siempre han sido tabú para los gobiernos. Se han puesto muchas trabas a los debates abiertos respecto los anticonceptivos, el aborto, las prácticas sexuales no heterosexuales, la masturbación femenina, etcétera. Aun siendo prácticas naturales y comunes implican un choque con la moral dominante, que no es otra que la de la clase dominante, influenciada por las religiones que han condenado tales temas por "sucios" o "inmorales". Todavía hoy tenemos que soportar manifiestos de la Iglesia Católica condenando la unión legal entre homosexuales, porque según ella "fomenta la práctica de formas de sexualidad antinaturales". También el aborto es condenado por la derecha rancia, invocando el "derecho a la vida", mientras que sus políticas de recortes sociales llevan a

muchas personas a padecer de hambre y a sufrir vidas de pena. Para nosotros, el aborto es un derecho inalienable de la mujer, única dueña de su cuerpo, y la sanidad pública debería reconocerlo, evitando así el enriquecimiento de clínicas privadas o la inseguridad de las clínicas clandestinas. Con la prohibición no se evitan los abortos, tan sólo se empeoran las condiciones en las que serán practicados. La prevención debe ser el primer paso: la distribución gratuita de anticonceptivos, objeto de lujo en el mercado actual, pero tan necesarios como los antibióticos o las vacunas, que se suministran a través de la Seguridad Social sin ningún problema.

La implicación de la mujer en las diversas áreas del movimiento lo refuerza y le da nuevo impulso. Hará falta observar la evolución de esta tendencia para ver cómo se materializa en la vida diaria, pues las costumbres fruto de la herencia de centenares de años no se rompen en unos pocos meses.

## Los medios independientes

Quien controla la información controla la opinión. Esto es algo que la clase dominante sabe bien y por ello se apresura a mantener su monopolio. Si nos fijamos en las acciones de censura de buena parte de los gobiernos, incluso los democráticos, nos llevamos la razón. El cierre en el País Vasco de cuatro medios de comunicación en cinco años es quizá una muestra suficientemente ilustrativa. Pero también están los casos de programas de televisión demasiado críticos que se han suspendido, la prohibición de hacer bromas con determinadas figuras públicas, la limitación de espacio que se otorga a ciertas noticias frente al largo tiempo que se dedica a temas banales como el deporte, las pocas referencias a los acontecimientos internacionales en las noticias estadounidenses... Todo ello constituye un recorte de la información que hace cierto aquello de que “lo que no se ve, no existe”.

Las organizaciones de trabajadores siempre han tendido a dotarse de medios propios para difundir sus ideas. En Catalunya, sin ir más lejos, el periódico *Solidaridad Obrera*, publicado por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), era el periódico más leído entre los obreros. Llegó a publicarse a diario, y la misma organización sacó hasta tres periódicos distintos durante un tiempo.

En Argentina la información alternativa, lo que comúnmente se llama *contrainformación*, ha tenido su importancia y ha sido objeto también de represión.

En una de las Interbarriales de Buenos Aires se presentaba una asamblea que se definía a sí misma como “particular”. Se trataba de un conjunto de periodistas y fotógrafos que decidieron dar un enfoque diferente a su trabajo dedicando su labor a difundir las noticias de las luchas sociales. Los temas referentes a las ocupaciones de fábricas, los intentos de desalojo y la realidad de los desocupados, no tenían una gran repercusión en los medios masivos, se perdía mucha información. Con su trabajo querían contribuir a dar conocimiento de lo que realmente estaba sucediendo a través de sus propios medios.

Es el caso de Indymedia, un sitio de contrainformación en la red con sedes en casi todos los países y que en Argentina ha sido una de las principales fuentes de información y de contacto. En su web<sup>33</sup> han salido publicadas casi instantáneamente cuantas noticias acontecían, las resoluciones de las asambleas y de los Encuentros, centenares de fotos donde se denuncian la actitud de la policía, artículos de opinión, registros de audio con entrevistas en el mismo lugar de los sucesos, además de ofrecer la posibilidad a todo internauta de exponer su opinión sobre cualquier tema.

Encontramos también el caso del ya mencionado periódico *Nuestra Lucha*, impulsado en un principio por las fábricas de Zanón y Brukman, y que en el II Encuentro de Fábricas Ocupadas decidió utilizarse como medio para promover su lucha. En sus páginas podemos encontrar bastante información sobre conflictos, debates sobre ciertos temas y referencias a la historia para ver casos en que los trabajadores han recurrido a la toma de empresas y aprender de ello. Además de una fuente de información es un documento histórico de gran valor, pues es la herramienta de la que se han dotado centenares de personas en un momento determinado para dar a conocer su situación y para coordinarse entre ellos.

Éstos son tan sólo dos ejemplos que considero destacables, pero podríamos encontrar las publicaciones de todas aquellas organizaciones o grupos que contribuyen a difundir otra visión más cercana a los hechos que la de los medios oficiales, aunque hay que reconocer que algunos artículos muy interesantes se han publicado en prensa como Página12 .

Tal y como resolvía la Comisión de Medios del II Encuentro de Fábricas Ocupadas y Empresas en Lucha, existe la necesidad “de otra información para dar a conocer y avanzar en la coordinación de las luchas de los trabajadores y el pueblo”.

## 7. Sacando conclusiones

El estallido popular argentino dejó a muchas personas perplejas. La fuerza con que la tensión provocada por la pobreza y los cada vez más escasos recursos de la población estalló, nos alertó a todos de lo siguiente: los males de la globalización capitalista empiezan a hacer estragos y a provocar situaciones con un cierto potencial de transformación social. Las manifestaciones que en todo el mundo se han sucedido desde que en Seattle millares de personas bloquearan los actos de la Organización Mundial del Comercio, son compuestas mayoritariamente por personas impulsadas por motivos ideológicos. En Argentina, quienes han salido a la calle criticando las prácticas del FMI y sus secuaces han sido personas que han sufrido en sus propias carnes el efecto devastador de sus prácticas. Si el FMI ha intentado lavar su imagen a raíz del *argentinazo* es porque las víctimas de sus políticas han puesto un país al borde de la rebelión y han puesto en tela de juicio el capitalismo y sus estructuras.

No hay duda que la lucha desarrollada por los movimientos sociales, las organizaciones piqueteras, las empresas ocupadas y las asambleas es de un gran valor; en muy poco tiempo han articulado una resistencia que ha hecho caer dos gobiernos y que ha implicado a mucha gente. Algunos han visto esto como un proceso revolucionario, y las interpretaciones han sido varias. Por un lado, hay quienes destacan la espontaneidad como factor de avance, concluyendo que debemos confiar en ella más que en movimientos organizados. También están los partidos que han considerado que debería existir una vanguardia que condujera al movimiento popular, dándole unos objetivos y siendo su representación política. Hay quienes han visto en las asambleas el embrión de una nueva forma de poder, como se decía, por ejemplo, en la Interbarrial de Buenos Aires: que “se decida un plan de lucha [...] para concretar el gobierno de las asambleas y los trabajadores”.<sup>34</sup> Hay quienes entienden las tomas de fábricas como el inicio de una economía socializada...

Deberíamos ser más cautos.

Es cierto que todos los aspectos mencionados se han dado, pero hay que saber mirar hasta qué grado desafían al poder actual y cuál es su verdadera dimensión. De lo contrario, podríamos hacernos una idea equivocada y sacar conclusiones erróneas.

### La dualidad de poder

Algunas personas pensaron ver en los sucesos de diciembre una especie de dualidad de poder que se desarrollaba y que se afirmaba en las asambleas populares. Yo mismo escribía en un artículo: “empezó a ser palpante el hecho de que en Argentina se estaba formando una dualidad de poder. Es decir, por un lado el oficial, el del Estado, y por otro el de las masas, espontáneo y sin líderes”.<sup>35</sup> Ahora considero que en lo único que acerté fue en que, efectivamente, estaba el poder del Estado.

Cuando hablamos de dualidad de poder y, en consecuencia, de un potencial revolucionario, debemos fijarnos en un aspecto: si el poder oficial es desafiado. El Estado debe sentirse amenazado por un nuevo poder emergente, adopte éste la forma que adopte, de manera que de la lucha entre ellos tan sólo uno sobreviva.

No fue el caso. La población argentina tuvo la suficiente fuerza para echar a dos presidentes en pocos días. El movimiento popular creció y ganó una cierta influencia. Pero había dos impedimentos básicos para que se formara una situación claramente revolucionaria: muchas personas buscaban sencillamente salidas temporales a su situación y, lo más importante, se carecía de la organización necesaria.

Con las asambleas barriales se quería llenar este vacío organizativo y, de hecho, funcionó durante un tiempo. Pero cuando una situación se prolonga no se puede confiar solamente en órganos que han nacido de la espontaneidad en un momento determinado, pues a éstos les faltan muchos elementos indispensables para el buen desarrollo de los acontecimientos.

### Espontaneidad y organización

En algunos medios se ha puesto mucho énfasis en la espontaneidad que caracterizó los 19 y 20 de diciembre y los días posteriores. Millares de personas salieron a la calle sin que nadie les

convocara y se dirigieron hasta los mismos puntos neurálgicos de las ciudades creando grandes protestas. El discurso televisado de De la Rúa inspiró a tantos argentinos y argentinas que acabó por ser su carta de despido. No hay duda, pues, que estas manifestaciones *espontáneas* tuvieron un gran impacto.

Tampoco las tomas de empresas fueron parte de un plan predeterminado. Los trabajadores decidieron hacerlo mientras sufrían los cierres o cuando se les adeudaban demasiados sueldos. Fueron, por tanto, iniciativas espontáneas de los trabajadores. No existía realmente una organización que estuviera potenciando las ocupaciones, no existía un programa. La mayor parte de las veces los trabajadores se encontraban solos cuando decidieron hacerlo o contaban únicamente con el apoyo de otros trabajadores y de los vecinos.

La espontaneidad es un factor necesario en toda convulsión social. Nadie puede saber de antemano lo que va a suceder, no se pueden trazar conductas antes de que nada suceda. Pero que esta espontaneidad sea necesaria no significa que con ella nos baste. Hay que saber dar una continuidad a esos impulsos para canalizar iniciativas y evitar que se diluyan por la falta de coordinación y el exceso de euforia. El error que cometen, a nuestro entender, una gran parte de los movimientos sociales es que ponen demasiadas esperanzas en la espontaneidad; confunden reacciones momentáneas con movimientos amplios, y esto significa dejar los acontecimientos en manos de la providencia. Ante circunstancias concretas las personas podemos responder de manera parecida, dando temporalmente una sensación de poderío importante. Pero cuando se trata de reflexionar hacia donde se quiere ir, sobre qué se pretende construir después de la *bronca*, esto ya no es una cuestión de impulsos, sino de ideas. Y las ideas se deben organizar, de lo contrario no son nada excepto filosofía.

El problema con la espontaneidad es saber cuáles son sus límites y cómo utilizarla. Los partidos de izquierda, sobre todo algunos marxistas ortodoxos, no dejan casi rasguño alguno para la libre iniciativa. Entienden que la acción debe ser dirigida por una cúpula que entiende cuáles son los procesos, que saben cuándo y cómo hacer las cosas, y que llevarán al pueblo hacia "la victoria final". Esta visión es extremadamente elitista, pero es la que defienden los viejos partidos comunistas. Los marxistas no ortodoxos, los que han roto con la herencia del estalinismo, suelen dejar más espacio para la espontaneidad, aunque entienden que el papel del Partido es fundamental y defienden la centralización de los procesos y de las tomas de decisiones, aun contando con la participación democrática de las bases. Entre los anarquistas tampoco existe una única visión. Muchos conceden tanto margen para la iniciativa espontánea que niegan la necesidad de cualquier tipo de organización salvo las asambleas. Otros entendemos que aunque los procesos abiertos y la iniciativa popular son indispensables, el papel de una organización que agite y trabaje para la consecución de unas ideas determinadas es igual de importante, de lo contrario no tenemos en cuenta la dificultad real con la que se encuentra todo proceso espontáneo: los distintos niveles de conciencia. Algunos pretenden solucionar esto con la centralización; nosotros debemos hacerlo con la propaganda, el debate y la organización.

Uno de los problemas que se encontraron las asambleas populares fue que muchas organizaciones de izquierda acudían a ellas con el interés de que se adoptaran sus programas y propuestas. Esto, en principio, no es malo si se hace a través de un debate legítimo y se llegan a unas conclusiones. El problema viene cuando la aceptación del programa es para la organización en cuestión un fin en sí mismo en lugar de un posible resultado del debate abierto. Entonces se puede entorpecer el desarrollo de una asamblea y se genera un sentimiento de repulsa. No obstante, esta situación no es sino el reflejo de otro inconveniente más importante, el de la organización previa a los hechos.

Cuando los trabajadores argentinos vieron la necesidad de organizarse fue cuando la situación estalló. Entonces se dieron cuenta de que para luchar se necesitaba estar organizado. Entonces surgieron asambleas en los barrios y cuando se inició un debate abierto para la movilización y para la discusión de ideas y propuestas. Sin embargo, durante la lucha lo que debe primar es la acción, y no el debate. Todas las cuestiones teóricas deben estar claras antes de iniciar una batalla. De lo contrario, se pierde mucho tiempo y el gobierno y el Estado se refuerzan.

Por unos días, quizá unas horas, el pueblo argentino tenía toda la fuerza de su lado. Habían derribado un gobierno, las calles estaban repletas de personas desafiando el estado de sitio con ansias de luchar, la policía se veía desbordada por la muchedumbre, existía una especie de vacío de autoridad... pero faltaba una práctica, es decir, un impulso organizativo que agrupara a todos y que supiera cómo reaccionar rápidamente. No hablamos de una vanguardia

de Partido o de un nuevo gobierno, sino de una lucha organizada curtida por algunos años de experiencia.

Podríamos establecer una comparación entre dos días, el de julio de 1936 en Barcelona y el de diciembre de 2001 en Buenos Aires. Las dos situaciones son muy distintas, pero muestran la diferencia entre lo organizado y lo espontáneo. Cuando los fascistas se alzaron el 18 de julio de 1936, los trabajadores de Barcelona, organizados mayoritariamente en la CNT y, en menor medida, la UGT y el POUM, salieron a la calle y pararon a los militares en un solo día, estableciendo además su control en la ciudad y en las fábricas. Ellos sabían cómo reaccionar, llevaban años luchando y todas las cuestiones organizativas y de ideas se habían discutido en Congresos y asambleas múltiples. El día de la acción no tuvieron que discutir, ya sabían qué hacer. El 19 de diciembre fue distinto. Se trató de un levantamiento popular que difícilmente podía convertirse en un movimiento revolucionario, pues no había ninguna organización capaz de aglutinar fuerzas suficientes, lo cual es vital en momentos cruciales y tan delicados.

La idea que nos tendría que quedar es la siguiente: en un proceso de reorganización social en el que se pretenden grandes cambios estructurales, también las viejas fuerzas se reorganizan y refuerzan. Por lo tanto, todo el tiempo dedicado a discutir sobre qué se podría hacer, es tiempo que la clase dirigente y su gobierno utiliza para reestablecer su control. La determinación es, pues, de urgente necesidad.

## **Debilidades de las asambleas**

Las asambleas, que empezaron siendo eventos de centenares de personas, fueron poco a poco reduciéndose en tamaño hasta juntar tan sólo algunas decenas de militantes. Podríamos encontrar las causas en su propia esencia, en las razones que las hicieron formarse y el cómo se formaron. Difícilmente un ente nacido de la voluntad de coordinar protestas podrá convertirse en un núcleo revolucionario, pues tendrá innumerables carencias ideológicas y de práctica.

### **¿Quién compone las asambleas?**

En primer lugar me gustaría centrarme en su composición. Comentábamos que muchas de ellas se desarrollaron en barrios de clase media o media-alta. Esto no significa que quienes acudían a ellas fueran gente *bien* ni ricos excéntricos o cosas por el estilo. La composición es variada e incluye desde desocupados hasta trabajadores activos y ahorristas, desde comerciantes hasta jubilados. La cuestión es que pueden existir segmentos con distintos intereses. Obviamente, no espera lo mismo un pequeño comerciante que un trabajador desocupado, en ciertos momentos incluso podrían verse enfrentados por un saqueo. Un comerciante defenderá posturas procapitalistas con más facilidad que un trabajador que no posee nada y que percibe los medios de producción y los almacenes como algo ajeno a él. Este interclasismo es fuente de discordia y pone trabas a la hora de trazar según qué líneas de acción, como por ejemplo, la expropiación de empresas. El pequeño propietario tiende a defender su propiedad, es lo único que tiene. Pero para el trabajador desocupado e incluso el activo este medio se percibe como un bien más útil a la comunidad que al individuo, y hay una pugna de intereses.

No es una situación límite. El contexto no ha sido lo suficientemente profundo como para que se hayan evidenciado las grandes distancias entre pequeños comerciantes, es decir, la pequeña burguesía, y los sectores obreros, pero sí que supone un impedimento para la discusión ideológica.

Entendemos que nadie debería ser excluido de estos debates abiertos que son las asambleas, pero el impulso debería venir por parte de los trabajadores, ellos deberían marcar la línea a seguir. Los pequeños capitalistas, por razones evidentes, no cuestionarán tan a fondo las estructuras vigentes, pues hasta cierto punto les benefician. Ellos van a defender su derecho a la propiedad. Los sectores obreros probablemente abogarán por la propiedad colectiva. Llegar a un punto medio puede significar un avance, pero la historia ha demostrado que cuando se han hecho concesiones en el terreno de la propiedad de las fuentes de riqueza han acabado por ser el principio del retroceso, como cuando en 1937 los estalinistas españoles pedían a gritos que se defendiera el pequeño comercio no colectivizado.

En Argentina no se ha llegado al punto de tener que plantearse realmente cómo administrar la propiedad de los medios. Tan sólo en las fábricas ocupadas se ha planteado seriamente un debate sobre si deberían ser cooperativas privadas o si se debería luchar por la estatización bajo control obrero.

La idea que nos gustaría recalcar es que la composición de las asambleas, es decir, de los órganos que hacen avanzar los hechos, es determinante para el tipo de debate que vaya a formularse. Pudiera parecer que cuantos más sectores sociales están presentes más democrático será, pero la realidad es que sectores con intereses a defender dentro del sistema actual ponen frenos para la consecución de un mundo libre de explotación y pobreza.

### **El alcance de las asambleas**

La debilidad más importante de las asambleas ha sido el impacto del que han gozado entre la población. Cuando se trató de organizar cacerolazos y marchas fueron un buen vehículo, con unos centenares de personas bastaba. Pero por sus dimensiones no podían convertirse en un órgano revolucionario, pues carecían de una influencia real, sobre todo entre la clase trabajadora organizada en los sindicatos.

Para afrontar una transformación social se debe hablar de la propiedad de los medios productivos, del poder, de las estructuras sociales y de la organización del consumo. Si pretendemos ir más allá de un simple cambio de gobierno hay que hablar de todos estos temas, pues son los que definen un sistema. La reorganización de cómo se crea la riqueza y el acceso a ella es fundamentalmente lo que distinguirá a una sociedad capitalista de, por ejemplo, una socialista.

Las asambleas de barrio y también los Encuentros de desocupados y de empresas bajo gestión obrera han abierto el debate sobre todos estos temas. Es en cierta manera lógico que haya sido así: la necesidad les ha forzado a buscar nuevas vías, y estas vías les han hecho cuestionar las estructuras existentes. También en los primeros meses de la revolución Rusa se discutían estos temas en los *soviets*, hasta que existió un clima propicio para que los bolcheviques tomaran el poder en la revolución de Octubre.<sup>36</sup> La diferencia estriba en que las asambleas populares no han tenido el mismo alcance que pudieran haber tenido los *soviets*; de ahí que muchas de sus conclusiones y propuestas no hayan pasado de ser simples eslóganes, consignas para la lucha. En los *soviets* –o, si se prefiere, consejos obreros– se reunían centenares de obreros que debatían sobre propuestas que tanto antes como después se llevaban a las fábricas y empresas. Existía un contacto directo entre los órganos de representación y la clase trabajadora (que desgraciadamente luego se perdió) que daba la fuerza a estos consejos. Sin este contacto hubieran acabado por ser un simple club de debate sin ningún impacto real en la sociedad y, posiblemente, nada hubiera cambiado en Rusia.

Desde las asambleas de barrio en Argentina no se acabó de comprender esta unidad básica. Se abogó, eso sí, por la unidad con los piqueteros y las ocupaciones de empresas, pero se dejó de lado la vinculación con las bases de las centrales sindicales. Antes comentábamos que se llegó a formular una propuesta de desafiliación masiva de los sindicatos. Esto nos demuestra que no había una concepción clara de la diferencia entre las cúpulas y las bases. La propuesta no debería haber sido la desafiliación masiva, sino la destitución de los burócratas y la elección de una nueva dirección que representara las aspiraciones de las bases y que funcionara democráticamente. En un momento de grandes luchas sociales esto es posible.

Este aislamiento respecto la clase trabajadora organizada explica que las asambleas hayan ido menguando y que sus componentes se hayan desmoralizado. Al no existir un colectivo con la fuerza potencial de incidir en el desarrollo de la maquinaria capitalista el movimiento tiende a adoptar consignas y posicionamientos cada vez más reformistas, con el peligro de desaparecer del todo. La unidad con los trabajadores y trabajadoras organizados es de vital necesidad, y se debería caminar en este sentido.

Para que se pueda plantear una alternativa al sistema actual debemos contar con un movimiento de masas con la influencia y organización suficientes para hacer tambalear las antiguas estructuras. Hay una frase del libro ya citado de Daniel Pereyra que define muy bien la situación: "... no nos encontramos ante una situación revolucionaria, sino en un período de acumulación de fuerzas..."<sup>37</sup> El cómo a partir de ahora estas fuerzas se organicen determinará si en un futuro podremos hablar de nuevas convulsiones sociales en Argentina con un verdadero alcance revolucionario.

### **Las organizaciones obreras**

El estallido social ha evidenciado que la izquierda argentina se haya dividida y que los sindicatos no han sabido actuar para la movilización de la clase trabajadora. Esta desmovilización ha sido clave para no dar un mayor relieve a la revuelta. En los momentos

cruciales los trabajadores organizados, es decir, los grandes sindicatos, no estuvieron presentes. Las dificultades para crear la unión entre sectores ha tenido su impacto en los movimientos sociales, creando enfrentamientos estériles y luchas por el control de la situación. Es lógico e incluso bueno que existan distintas posturas y tácticas, pero las riñas entre organizaciones no se deberían trasladar a las asambleas, pues sólo crean confusión y mal ambiente. La prueba la tenemos en las diferentes coordinaciones que se han creado para los mismos temas. Tanto en el movimiento de los desocupados como en el de las empresas ocupadas existe más de un órgano que intenta aglutinar los distintos Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) y las empresas ocupadas. La tendencia a seguir debería promover la unidad de acción entre sectores bajo la premisa de la movilización de clase. Las distintas posturas no tienen que suponer un freno para la movilización, sino que se deben arreglar en debates periódicos donde se revisen los acontecimientos y sus frutos. Así mismo, las organizaciones deberían recapacitar sobre cómo se relacionan con los movimientos y los distintos sectores sociales, tratando de evitar las fragmentaciones y buscando siempre la cohesión.

### **Los sindicatos y los desocupados**

Las organizaciones sindicales tienen la tendencia a desentenderse de los trabajadores cuando éstos pierden su trabajo. Existe la visión de que el sindicato es una herramienta para mejorar exclusivamente las condiciones laborales y, en consecuencia, cuando una empresa cierra ésta pierde todo su interés para el sindicato.

En Argentina los desocupados han creado su propio movimiento para defender su dignidad y reclamar trabajos. Los sindicatos raramente han tratado de organizar estos movimientos. La CTA creó la Federación Tierra y Vivienda (FTV), que pretendía cumplir este objetivo, pero los sectores más combativos han señalado que su postura conciliadora es contraproducente.

Los intentos de unir asambleas, piqueteros y empresas ocupadas demuestran una vez más cómo los sectores populares han intentado solventar las deficiencias de los movimientos organizados. La unidad es esencial para dar fuerza a la lucha de los trabajadores, pero tanto los sindicatos como las organizaciones de izquierda han hecho gala de sectarismo y de miopía al enfrentarse por las distintas visiones.

El caso de los sindicatos en Argentina es particular, como ya hemos visto. La central mayoritaria, la CGT, es de dudosa credibilidad, y la alternativa emergente, la CTA, ha cometido muchos errores y no ha sabido romper con el burocratismo, frenando iniciativas de las bases y desconvocando movilizaciones por miedo al desborde. El movimiento sindical, sobretodo sus cúpulas, no siempre ha estado a la altura de los acontecimientos, generando que muchos trabajadores hayan buscado soluciones fuera de él. Una cuestión clave para agrandar el alcance de la revuelta hubiera sido que las centrales sindicales promovieran las tomas de empresa. Éstas han sido impulsadas fundamentalmente por las organizaciones de desocupados -aunque con el apoyo de algunos sindicatos combativos como el de ceramistas de Neuquén. La CTA, que se formó con la intención de romper con las prácticas de la CGT, no ha dado apoyo a las ocupaciones, dejando a este movimiento sin el respaldo necesario. Existen otros núcleos sindicales más combativos, aunque de escasa influencia, por lo que la mayor parte de la actividad ha girado en torno a los MTD y las asambleas barriales.

Una lección que deberían aprender las organizaciones sindicales, tanto en Argentina como alrededor del mundo, es que no se puede excluir a los desocupados. Son trabajadores que por imposición de la economía han perdido su puesto, pero su lucha es de tremenda importancia y la marginación de las centrales obreras pone trabas a la unidad de acción. En lugar de ver a los parados como apoyo para las movilizaciones de trabajadores, se debería tener en especial lugar sus propias reivindicaciones. Igual de importante es promover la reducción de la jornada laboral que la defensa de los empleos. Es una lucha más ardua, pues implica un enfrentamiento más directo y personalizado con las empresas, pero no se puede menospreciar si se quiere mantener la credibilidad como organización. Las fábricas ocupadas han dado una gran lección a los sindicatos cuando han creado puestos de trabajo y escuelas de oficios para desocupados. Su ejemplo se debería tomar como práctica habitual, pues recupera uno de los eslóganes clásicos del sindicalismo: repartir el trabajo es repartir la riqueza.

Por otro lado, los trabajadores deberíamos asumir la responsabilidad de potenciar un sindicalismo más combativo. Las grandes centrales que aglutinan un mayor número de trabajadores tienden cada vez más al pactismo y la conciliación. Salvo contadas excepciones, como en el Estado español los trabajadores de Sintel o las recientes luchas de los funcionarios franceses, los sindicatos han adoptado un papel de simples gestores de demandas y de

negociadores de convenios. Las burocracias han tomado el protagonismo y cada vez cuentan menos con la participación de las bases. Es necesario que los trabajadores recuperen su papel en los sindicatos, de lo contrario se pierde una de las formas de organización más elementales y unitarias. La última huelga general en Italia contra la guerra, organizada por el sindicalismo de base y combativo, demuestra que si se toma en serio este propósito es posible perfilar una movilización obrera más eficaz.

### **Las organizaciones de izquierda**

El estallido popular abrió las puertas para que las organizaciones de izquierda pudieran lanzar sus propuestas e ideas. Es un momento en que la mayoría de la gente está dispuesta a escuchar alternativas al sistema, y debe ser aprovechado. El inconveniente es que muchas organizaciones no han sabido interactuar con los movimientos sociales, tan sólo han acudido a ellos para lanzar sus propuestas e intentar que se aceptaran. Si una cosa deben tener claras las organizaciones es que tanto pueden aportar como aprender.

Generalmente, hay quien cree que las organizaciones, al tener un programa claro y estudiado, tienen una visión más veraz de lo que ocurre. Es una concepción algo simple. En la Rusia revolucionaria los soviets nacieron de la iniciativa de los trabajadores, no de los partidos; en la revolución española la iniciativa de los trabajadores a la hora de colectivizar tierras muchas veces pasaba por encima de los dirigentes anarcosindicalistas; en el París del 68 los estudiantes empujaron a los trabajadores a una lucha impresionante... Es decir, en un proceso abierto de luchas populares, tanto los movimientos espontáneos tienen que aprender de los organizados como éstos de aquellos. Las lecciones y el aprendizaje siempre deben ser bidireccionales.

En un proceso en marcha, como el argentino, las organizaciones de izquierda no deberían tratar de asumir el liderazgo de cualquier manera. Que los cambios se produzcan rápidamente no significa que se asimilen a la misma velocidad; esto requiere cierto tiempo. El papel de las organizaciones revolucionarias debería ir enfocado más hacia la persuasión, la influencia y en transmitir una experiencia, que no a autoerigirse como vanguardia. La visión elitista del cambio social no lleva a ninguna parte. Los partidos, grupos y demás organizaciones deberían tratar de reforzar el movimiento popular en lugar de centrarse exclusivamente en su propio crecimiento y peso en las asambleas y Encuentros. Reforzando el movimiento se refuerzan ellos mismos, algo que algunos no han acabado de entender. El elitismo se debe sustituir por el contribucionismo. Sólo así será posible alcanzar un liderazgo sano que posibilite, quizá dentro de unos años, una transformación radical del sistema.

### **Las ocupaciones de empresas**

Según el economista Jorge Schvarzer, las ocupaciones de fábricas “son procesos más defensivos que ofensivos” que “aparecen como una respuesta coyuntural a una necesidad y no como parte de un proyecto de cambio, como sí lo hubo, por ejemplo, en los años 30 en Francia cuando los sindicatos pedían el control obrero de las empresas”.<sup>38</sup> Estamos de acuerdo con tal afirmación. Las tomas, igual que los otros movimientos, se crean a partir de una necesidad, no de un proyecto previo. Esto les deja, hasta cierto punto, al amparo de lo que ocurra con el resto del movimiento popular.

En el apartado correspondiente hemos visto que muchas veces las empresas ocupadas han sobrevivido por la solidaridad de vecinos, de asambleas y de las organizaciones de desocupados. Los intentos de desalojo por parte de las autoridades se han podido frenar por la actuación valiente de vecinos y vecinas y demás personas que han prestado su cuerpo a los golpes y amenazas. Es predecible, pues, que estas empresas sigan la misma evolución que el resto del movimiento social; cuando éste crezca, las empresas tendrán más fuerza, pero cuando decrezca se verán desprotegidas. De ahí que las empresas ocupadas estén trabajando tan seriamente por la unidad de todos los movimientos y que hayan intentado impulsar una única Mesa Nacional y la Comisión de Solidaridad. Ellas saben que su continuidad depende de la del conjunto, por eso su eslogan es *si tocan a una, tocan a todas*.

También el buscar una salida legal a su situación responde a la misma necesidad. Conformándose como cooperativas o logrando la estatización alcanzarían una cierta estabilidad, ya que legalmente no se les podría echar. En el marco actual, en el que es complicado que a corto plazo el movimiento popular se vuelva lo suficiente fuerte como para enfrentarse a las estructuras vigentes, las cooperativas y la estatización son salidas por las que hay que luchar. Las dos opciones tienen sus pros y sus contras: las cooperativas otorgan mayor control a sus trabajadores y les dota de autonomía frente el Estado, pero les fuerza a la

competencia; la estatización implica el control del Estado, aunque los trabajadores insisten en el control obrero de la gestión, pero puede evitar la competencia entre empresas ocupadas si el Estado es quien compra la producción. Quizá hoy por hoy es más viable la propuesta cooperativa, ya que posteriormente las empresas cooperativistas podrían organizarse federativamente y promocionar entre ellas el intercambio de servicios y materiales aunque, lógicamente, dentro del sistema actual se verían forzadas a la competencia hacia el exterior. Ninguna de las dos opciones es definitiva ni absoluta, serán los mismos trabajadores y trabajadoras quienes tendrán que decidir en cada ocasión.

El economista Pablo Levín, que forma parte de un grupo de economistas que asesoran a los obreros de Zanón, se aventuraba a decir que

sería posible pensar que de profundizarse y generalizarse éste fenómeno suceda algo parecido a lo que ocurrió en los siglos XVI, XVII y XVIII cuando la burguesía fue creando una nueva economía hasta que hizo su propia revolución. Ojalá en los próximos años podamos ver formas de transición hacia el socialismo.<sup>39</sup>

Nosotros no nos atreveríamos a realizar tal afirmación, pues un cambio de sistema implica algo más que el funcionamiento de algunas empresas “alternativas”, pero sí que es muy importante el legado de éstas. Su existencia puede representar un foco de resistencia para la creación de un movimiento social y político más amplio que, quizá en un futuro, pueda volver a poner las cartas sobre la mesa. La defensa de estas conquistas de la clase trabajadora es vital, no se deben retroceder los pasos que se han dado adelante. Del ímpetu con el que se protejan dependerán los movimientos de mañana.

## **¡Sí se puede!**

Una conclusión que se podría extraer de los hechos de Argentina es que han sido posibles debido al alto grado de pobreza alcanzado, al malestar de una población que ha visto aumentar el número de personas desocupadas hasta cifras desesperantes o debido a la descarada corrupción de su clase política. Pero de ser así, no se explica que durante años no hayan existido bastos movimientos de oposición, ni tampoco que hoy en día, existiendo las mismas condiciones, los saqueos y las manifestaciones masivas ya no se produzcan, o al menos no con la misma fuerza. De hecho, si pensamos que para que se produzca una potencialidad de cambio deben existir unas condiciones pésimas de vida a nuestro alrededor, no tenemos más que esperar en casa a que llegue el próximo “cataclisma” de la economía y dejar que los políticos de derechas y partidarios del neoliberalismo campen libremente por sus oficinas.

La cuestión es, sin embargo, que la lucha depende más del clima social que de las propias condiciones de vida. Es cierto que la pobreza o el paro suelen llevar el descontento a la población, pero ésta no se enfrenta necesariamente a sus dirigentes políticos. Muy a menudo incluso se transforma en una búsqueda de salidas desesperadas como el alcoholismo y la automarginación social, sobretudo en personas que por causa de la edad se ven excluidas del mercado laboral. Los países con más altos índices de pobreza no son siempre los que presentan más luchas sociales de carácter transformador. Si miramos, por el contrario, países como Francia, donde la clase trabajadora goza de más derechos que en algunos países cercanos, observamos una mayor tendencia a la organización sindical y una mayor combatividad de los trabajadores y trabajadoras. Ataques parecidos de la patronal, como el intento de recortar las prestaciones de desempleo, no tuvieron la misma respuesta en Francia que en el Estado español.

En Argentina, los desocupados y trabajadores descontentos con el burocratismo sindical empezaron a organizarse por su cuenta creando nuevas y combativas estructuras. Esto, a nuestro entender, es lo que abrió el camino del 19 y el 20. Si nos hacemos un plano más general de América del Sur, podemos observar que las luchas se han incrementado en los territorios donde la gente se ha organizado. En Brasil encontramos el Movimiento de los Sin Tierra (MST), que organiza a miles de campesinos para ocupar tierras de grandes terratenientes. No se puede negar su influencia a la hora de dar un giro a la izquierda de la política brasileña. En Méjico, movimientos como el EZLN o los campesinos de Chiapas han inspirado a una generación entera de activistas a nivel mundial, y algunos de sus eslóganes ya forman parte del movimiento anticapitalista.

Pero estos movimientos no se dan solamente en países pobres o con grandes crisis económicas. En Italia existe una tradición de sindicalismo combativo como las COBAS o la USI que fue capaz de organizar una huelga general (la tercera en pocos meses) contra el gobierno de Berlusconi y su apoyo a la guerra de Irak. En Gran Bretaña existen organizaciones

revolucionarias como el Socialist Workers Party que cuenta con unos 10.000 afiliados y afiliadas. Seguramente esto ayudó a que en Londres se viviera una de las manifestaciones europeas más grandes contra la guerra. En Estados Unidos, el país más rico del mundo, han existido impresionantes movimientos de protesta en las últimas décadas por los Derechos Civiles, contra la guerra de Vietnam y durante las protestas contra la guerra en Irak hubo bloqueos y disturbios masivos en San Francisco. Esto nos demuestra que la posibilidad de transformar la sociedad y de crear amplios movimientos que se enfrenten a las bases del capitalismo es posible en todas partes, pues siempre existe el descontento en un mundo en que unas pocas personas deciden por y para el resto.

Lo que hace fuertes a estos movimientos es su capacidad de romper con la rigidez de las burocracias y permitir la iniciativa desde abajo. En los mencionados sucesos de Francia contra el recorte en las prestaciones de paro, los trabajadores y trabajadoras lanzaron su lucha sin contar siempre con el respaldo de sus sindicatos. En la ya archiconocida lucha de los trabajadores de la española Sintel, las burocracias del sindicato CC.OO. han quedado desplazadas y se ha perdido la confianza en ellas, hasta el punto de que su Secretario General, Fidalgo, fue golpeado por un trabajador antes del mitin final del pasado primero de mayo. En Argentina, los trabajadores más combativos, los sectores desocupados y durante algunos días la población en general, rompieron con las direcciones de las organizaciones clásicas que pedían la vuelta a la normalidad y salieron a la calle a enfrentarse a la policía, a los patronos que amenazaban con el cierre y también a sus gobernantes. Este sentimiento de controlar el avance de los hechos da mucha fuerza moral, que a veces es lo más necesario.

Para conducirnos hacia una transformación de sociedad debemos ser capaces de romper también con la idea de que los cambios vienen desde arriba. Recuperar el papel de las bases e impulsar las luchas desde abajo es una de las lecciones más destacadas de la revuelta popular argentina y será seguro una inspiración para muchas personas. La conciencia de cambio sólo puede aparecer cuando uno participa activamente en él.

## **Esperanzas para el futuro**

No nos cansaremos de decirlo: la revuelta popular argentina ha evidenciado dos cosas: que el capitalismo sigue siendo lo que era, y que los trabajadores tenemos la capacidad de luchar y crear alternativas a éste sistema que se pretende el único posible. Así lo han demostrado los y las argentinas que han construido, prácticamente de la nada, un movimiento de resistencia impresionante que, a pesar de sus evidentes deficiencias, ha puesto en jaque las ideas dominantes y las estructuras nefastas de nuestras sociedades “civilizadas”.

Sin embargo, también nos ha aportado una gran lección: de la buena organización depende que situaciones como la de diciembre puedan devenir revolucionarias. O en otras palabras, que sin organización revolucionaria difícilmente habrá una revolución social. No trataremos ahora qué tipo de organización, pues no es el objetivo de este escrito, aunque sí daremos una visión general de nuestras posiciones.

Para superar el capitalismo entendemos que debe ser la clase trabajadora –ocupados y desocupados- quien asuma el protagonismo de la lucha, pues es el único sector que no tiene unos intereses especiales a defender dentro del sistema actual y quien, por su posición en el sistema productivo, puede adueñarse de los medios. Su organización no debería centrarse únicamente en el aspecto económico, sino también en el político y social, que son igual de determinantes. La revuelta argentina, igual que muchos de los movimientos populares de la franja sud-americana, nos enseña la importancia de éste último factor, el social. A través de las luchas comunitarias se pueden alcanzar grandes hitos y se puede involucrar a muchas personas que antes no habían tomado parte en movimientos políticos. No todo el peso de la movilización pasa por el aspecto puramente político, sino que se debe dar la importancia que merece al aspecto social, es decir, el del día a día, que raramente forma parte del programa de una organización revolucionaria. Sin embargo, no se debe olvidar la vinculación con la clase trabajadora.

Un buen ejemplo de lo que decimos lo encontramos nuevamente en la historia del movimiento obrero en el Estado español durante el primer tercio del siglo XX. Las organizaciones de trabajadores, muy especialmente las anarquistas, potenciaron la creación de escuelas, ateneos, grupos excursionistas y muchas otras asociaciones que promovían la vida comunitaria y el apoyo mutuo, a la vez que trabajaron duramente por la construcción de organizaciones revolucionarias, sin las cuales no hubiera sido posible el intento revolucionario de 1936. Sería bueno recuperar esta tendencia, olvidada ahora por muchas organizaciones,

que ayudó a crear uno de los movimientos obreros más importante de Europa y quizá del mundo.

Los luchadores y las luchadoras de Argentina deberán emplearse a fondo para defender sus conquistas y mantener el movimiento popular creado. La experiencia del 19 y el 20 nos enseña la importancia de construir un fuerte movimiento político, basado en las ideas de solidaridad, horizontalidad y acción directa, a la vez que la importancia de promover un sindicalismo unitario y combativo que no se quede al margen de las luchas más duras. Las grandes manifestaciones, las ocupaciones de empresas y las asambleas barriales han abierto el camino para que esto sea posible.

El mejor favor que le podemos hacer a los trabajadores argentinos es organizarnos en nuestros respectivos países para que en el próximo levantamiento popular no estén solos, sino que seamos muchos quienes les sigamos alrededor del mundo.

“El futuro es nuestro, de nosotros depende”<sup>i</sup>

---

<sup>i</sup> Palabras del portavoz de una asamblea de jóvenes en Buenos Aires.

# Notas

---

<sup>1</sup> *El País*, 22 de diciembre de 2001.

<sup>2</sup> *El Periódico*, 24 de noviembre de 2002.

<sup>3</sup> *Gran Enciclopedia Catalana*, vol. 3.

<sup>4</sup> *El anarquismo y la revolución en España*, Abad de Santillán, 1931.

<sup>5</sup> *El País*, 31 de mayo de 1989.

<sup>6</sup> *Business Week*, 21 de octubre de 1991. Citado en el folleto *Reuelta en Argentina*, de Chris Harman, publicado por el grupo En lucha en julio de 2002.

<sup>7</sup> *El sistema argentino de relaciones laborales*, publicado por la OIT el 1994.

<sup>8</sup> *El malestar de la globalizació*, Joseph Stiglitz, ed. Empúries, 2002.

<sup>9</sup> *El País*, 4 de enero de 2002.

<sup>10</sup> Existe una muy buena película al respecto que ilustra maravillosamente las consecuencias de esta privatización: *La cuadrilla*, dirigida por Ken Loach.

<sup>11</sup> Pereyra extrae este párrafo de la obra *Los nuevos conquistadores*, de Daniel Cecchini y Jorge Zicolillo, Foca ediciones, Madrid, 2002.

<sup>12</sup> *Argentina. ¿El eslabón más débil de la cadena mundial de la deuda?* Eric Toussaint, del Comité por la Anulación de las Deudas del Tercer Mundo.

<sup>13</sup> *Avui*, 23 de octubre de 2001.

<sup>14</sup> *El País*, 8 de enero de 2002.

<sup>15</sup> *FMI, BM... què s'està globalitzant?* Octavilla editada por el MRG para la cumbre de Praga 2000. Para conocer un poco más sobre el tema se puede consultar el libro *Informe Lugano*, de Susan George, ed. Icaria, 2001.

<sup>16</sup> *El FMI quiere un castigo ejemplarizante para Argentina*. Entrevista realizada por Maximiliano Montenegro, de Página 12, extraída de [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org).

<sup>17</sup> *Explosión social*, Luis de Sebastián. Publicado en *El País*, 22 de diciembre de 2001.

<sup>18</sup> Para una buena relación de las luchas y acontecimientos, recomiendo leer *Argentina Rebelde*, de Daniel Pereyra, editado por El viejo topo, 2003.

<sup>19</sup> *El País*, 20 de diciembre de 2001.

<sup>20</sup> *El País*, 21 de diciembre de 2001.

<sup>21</sup> *El País*, 23 de diciembre de 2001.

<sup>22</sup> *El FMI quiere un castigo ejemplarizante para Argentina*.

<sup>23</sup> *Argentina rebelde, crónicas y enseñanzas de la revuelta social*, Daniel Pereyra, ed. Viejo Topo, 2003.

<sup>24</sup> *Interbarrial 11-08. Resoluciones y propuestas*. Extraída de [www.argentina.indymedia.org](http://www.argentina.indymedia.org).

<sup>25</sup> *Los pilatos globalizados*, Osvaldo Bayer, Página 12, 10 de noviembre de 2001. Más adelante hay alguna cita de este mismo texto.

<sup>26</sup> *Clarín*, 22 de septiembre de 2002.

<sup>27</sup> Resoluciones extraídas de la edición especial de *Nuestra Lucha*, de septiembre de 2002.

<sup>28</sup> De hecho, es una traducción del clásico "An injury to one is an injury to all" utilizado desde principios de siglo XX por los Industrial Workers of the World (IWW).

<sup>29</sup> *Nuestra Lucha*, nº 5, edición del 8 de noviembre de 2002.

<sup>30</sup> Ídem.

<sup>31</sup> *Argentina, after the revolt what next?*, Chris Harman.

<sup>32</sup> *Nuestra Lucha*, edición especial, septiembre de 2002.

<sup>33</sup> [www.argentina.indymedia.org](http://www.argentina.indymedia.org).

<sup>34</sup> *Interbarrial de Capital y Buenos Aires*, 11 de agosto de 2002.

<sup>35</sup> *Argentina, crónica de una lucha*, Solidaridad Obrera, abril/mayo 2002.

<sup>36</sup> La revolución Rusa constó de diferentes etapas. En 1905 se había producido un primer intento revolucionario que dio cierta influencia a los bolcheviques. Ya en 1917 sucedió la revolución de febrero, que derrotó el régimen zarista e instauró un gobierno provisional democrático con casi todas las fuerzas políticas, incluso algunos miembros del antiguo régimen. En octubre, después de las intensas disputas mantenidas entre *mencheviques* y *bolcheviques* (socialdemócratas y socialistas revolucionarios) los bolcheviques emprendieron la revuelta que les llevó al poder.

---

<sup>37</sup> *Argentina rebelde, crónicas y enseñanzas de la revuelta social*, Daniel Pereyra, ed. Viejo Topo.

<sup>38</sup> *Clarín.com*, 22 de septiembre de 2002.

<sup>39</sup> Ídem.